

Lectura 4B.

Ian Kershaw, "Hitler y el Holocausto",
en Id., *La dictadura nazi*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, pp
131-179.

5. Hitler y el Holocausto

Explicar el Holocausto obliga al historiador a estirar hasta los límites lo que constituye su tarea principal: proveer explicaciones racionales a desarrollos históricos complejos. El solo hecho de plantear la pregunta de cómo un estado moderno, sumamente educado y económicamente avanzado pudo "llevar a cabo el asesinato sistemático de todo un pueblo sin razón alguna aparte del hecho de ser judío" sugiere una escala de irracionalidad apenas comprensible por la explicación histórica.¹ El nombre mismo, "Holocausto" —que comenzó a ser aplicado de manera específica al exterminio de los judíos sólo a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, apenas fue adoptado (al principio por escritores judíos) en reemplazo del preciso y descriptivo término "genocidio"— adquirió la implicación de casi la sagrada singularidad de los acontecimientos terribles que ejemplifican el mal absoluto, un destino específicamente judío que en efecto se alza fuera del proceso histórico normal. "Un misterioso acontecimiento, un milagro al revés, por decirlo de algún modo, un acontecimiento de significación religiosa en el sentido de que no ha sido hecho por el hombre como ese término es normalmente entendido".²

La "perplejidad" y la escatología religioso-cultural que, para algunos escritores, han terminado incorporadas al término "Holocausto" no han contribuido a facilitar la tarea de los historiadores judíos acerca de un tema comprensible y justificadamente "cargado de pasión y juicio moral".³ Dada la naturaleza altamente emotiva del problema, los historiadores no judíos enfrentan problemas todavía más grandes, se podría decir, al intentar encontrar el lenguaje sensible y adecuado para el horror de Auschwitz. La sensibilidad del problema es tal que las reacciones exageradas y las reacciones contrarias rápidamente surgen con fuerza a partir de una palabra o una frase mal ubicada o mal entendida.

La perspectiva de los historiadores no judíos es, sin embargo, inevitablemente diferente de aquella de los historiadores judíos. Y si algo vamos a “aprender” del Holocausto, entonces —con el total reconocimiento de su singularidad “histórica” en el sentido de que *hasta ahora* no han existido siquiera hechos paralelos parecidos— parece esencial aceptar que hechos paralelos *podrían* potencialmente llegar a ocurrir en el futuro, y entre pueblos que no sean el alemán o el judío. El problema más amplio, por lo tanto, cambia en esencia. Del intento de “explicar” el Holocausto específicamente por medio de la historia judía o incluso de las relaciones germano-judías, se pasa a la patología del estado moderno y al intento de comprender el delgado barniz de “civilización” en las sociedades industriales avanzadas. Específicamente aplicado a la dictadura nazi, esto requiere un examen de los complejos procesos de gobierno, y una rapidez para colocar la persecución de los judíos en un contexto más amplio de creciente discriminación racial y tendencias genocidas dirigidas contra varios grupos minoritarios. Esto no significa olvidar el muy especial lugar que los judíos ocuparon en la doctrina nazi, sino afirmar que el problema del Holocausto es parte del problema mayor de cómo funcionaba el régimen, en particular de cómo se tomaban las decisiones y cómo se las implementaba en el estado nazi.

De todas maneras, el tema central sigue siendo cómo el odio nazi por los judíos fue trasplantado para convertirse en práctica de gobierno, y cuál fue precisamente el papel de Hitler en este proceso. Esta pregunta, si bien puede parecer engañosamente simple, es el punto focal de la actual controversia sobre el “Holocausto” y forma la base de la siguiente investigación, que trata de relevar y luego evaluar las investigaciones e interpretaciones recientes.

Interpretaciones

Los historiadores en ambas partes de Alemania después de la guerra muy lentamente fueron comenzando a ocuparse del anti-semitismo y la persecución de los judíos. Fue sólo al comienzo del juicio de Eichmann en Israel y las revelaciones de los juicios sobre

los campos de concentración en la República Federal que avanzaron los estudios históricos serios sobre el Holocausto en Alemania occidental. Aun entonces, los estudios históricos y la “difusión” pública sobre el destino de los judíos encontraron una opaca respuesta en el pueblo alemán, y la conciencia popular sólo fue conmovida con la exhibición de la dramatización norteamericana del Holocausto, en formato de telenovela y difundida en la televisión de Alemania occidental en 1979.⁴ En la RDA, también, el trabajo erudito sobre la persecución de los judíos efectivamente se inicia en los años sesenta, aunque el hecho de colocar el odio racial, según el concepto de historia del marxismo-leninismo, dentro de la naturaleza de la lucha de clases y del imperialismo hizo que hasta los desórdenes de 1989 fueran pocos los trabajos importantes específicamente dedicados al Holocausto que se publicaron.⁵ Las publicaciones de Kurt Pätzold, si bien firmemente ancladas dentro del marco marxista-leninista, implicaron un avance significativo en los estudios de la RDA en este campo.⁶

Los impulsos más grandes para la investigación y el debate erudito comenzaron, por lo tanto, fuera de Alemania. En primer lugar, los realizados por los estudiosos judíos en Israel y en otros países, y en segundo lugar, por historiadores no judíos fuera de Alemania. Sin embargo, aun cuando el estímulo inicial para el debate surgió de escritores no alemanes —y las controversias alentadas por la publicación de Hannah Arendt sobre el juicio a Eichmann,⁷ los intentos de David Irving de exonerar a Hitler del conocimiento de la “solución final”,⁸ y más recientemente con el “debate Goldhagen” (analizado al final del capítulo) constituyen los más espectaculares ejemplos—, la consiguiente discusión en la República Federal ha sido fuertemente influida por el clima intelectual de los escritos históricos sobre el nazismo que ya hemos examinado. Por lo tanto, los contornos del debate sobre Hitler y la ejecución de la “solución final” —tema de este capítulo— son, una vez más, algo peculiarmente germano-occidental, aun cuando valiosas contribuciones hayan sido hechas por estudiosos extranjeros.

La divisoria en la interpretación de este tema nos lleva otra vez a la dicotomía de “intención” y “estructura” con la que ya nos

hemos encontrado. El enfoque convencional y dominante, tipo "hitlerismo", arranca de la suposición de que Hitler mismo, desde fecha muy temprana, seriamente consideró, persiguió como objetivo principal y luchó de manera implacable para lograr la aniquilación física de los judíos. Según esta interpretación, las diversas etapas de la persecución de los judíos directamente derivan de la inflexible continuidad de los objetivos e intenciones de Hitler, y la "solución final" debe ser vista como el objetivo central del dictador desde el principio mismo de su carrera política y como el resultado de una más o menos consistente política (sujeta sólo a desviaciones "tácticas"), "programada" por Hitler y en última instancia implementada siguiendo las órdenes del Führer. En contraste, el tipo de enfoque "estructuralista" pone el acento en la manera improvisada y no sistemática de dar forma a las "políticas" nazis respecto de los judíos, viéndolas como una serie de respuestas *ad hoc* de una maquinaria de gobierno resquebrajada y desordenada. Aunque, se afirma, esto produjo una inevitable escalada de radicalización, el exterminio físico concreto de los judíos no fue planificado anticipadamente; en ningún momento antes de 1941 esto pudo, en ningún sentido realista, ser predicho o previsto, y surgió como una "solución" *ad hoc* a los autoprovocados y enormes problemas administrativos del régimen.

La interpretación de la destrucción de la judería europea como la ejecución "programada" de la inflexible voluntad de Hitler tiene un atractivo y una plausibilidad inmediata (aunque superficial). Se adapta bien a la visión de aquellos historiadores que se inclinan por las explicaciones del Tercer Reich que recurren al desarrollo de una ideología específicamente alemana, en la que se les concede gran importancia, como un factor causal del éxito del nazismo, a la difusión de las ideas antisemitas y a un clima ideológico en el que el propio antisemitismo radicalizado de Hitler habría encontrado su lugar.⁹ No hay, por supuesto, ninguna dificultad en demostrar la continuidad básica y la coherencia interna del violento odio a los judíos por parte de Hitler —es obvio desde su ingreso en la política en 1919 hasta la preparación de su testamento político en el búnker a fines de abril de 1945—, expresado en todo momento con el lenguaje más extremista imaginable. La in-

terpretación corresponde, también, al modelo basado en el concepto de "totalitarismo", en el que estado y sociedad estaban "coordinados" como ejecutores de los deseos de Hitler, el indiscutible "amo del Tercer Reich", quien decidía la política desde arriba, al menos en esas esferas —como la "cuestión judía"— en las que él tenía especial interés. Visto de esta manera, la lógica del curso de la política antisemita desde el boicoteo y la legislación de la primavera de 1933 hasta las cámaras de gas en Treblinka y Auschwitz parece clara. Dicho con palabras ásperas, la razón por la que los judíos de Europa fueron asesinados por millones fue que Hitler, el dictador de Alemania, lo quiso. De hecho, fue así desde que hubo entrado en la política dos décadas antes.¹⁰ Es, en suma, una explicación del Holocausto que se apoya fuertemente en la aceptación de la fuerza motora y la autonomía de la voluntad individual como los factores determinantes del curso de la historia.

Numerosos e influyentes trabajos sobre la destrucción de los judíos han propuesto este u otros tipos similares de enfoques "hitleristas". Lucy Dawidowicz, en su muy aclamado libro *The War against the Jews*, por ejemplo, declara que la idea de Hitler para la "solución final" se remonta a su experiencia en el hospital Paskewitz en 1918, y que para la época en que escribió el segundo volumen de *Mi lucha* en 1925, él "abiertamente adoptó su programa de aniquilación" en palabras que "se iban a convertir en la marca registrada de sus políticas cuando llegó al poder". Ella escribe acerca del "gran diseño" en la mente de Hitler de "los planes a largo plazo para realizar sus objetivos ideológicos" con la destrucción de los judíos en el centro, y que la implementación de su plan estuvo sujeta al oportunismo y la conveniencia. Y concluye: "A través del laberinto del tiempo, la decisión de Hitler de noviembre de 1918 condujo a la Operación Barbarroja. Jamás hubo la menor desviación ideológica ni vacilación en las decisiones".¹¹

Similar inclinación por una explicación personalizada del Holocausto puede encontrarse, naturalmente, en las principales biografías de Hitler. Toland muestra a Hitler defendiendo, ya en 1919, la eliminación física de la judería y transformando su odio hacia los judíos en un "programa político positivo".¹² Haffner, también, habla de un "cultivado deseo de exterminar a los judíos de

toda Europa” como el objetivo de Hitler “desde el principio”.¹³ Fest vincula la primera ejecución de judíos con gas cerca de Chelmno, en Polonia, en 1941, con la propia experiencia de Hitler en la primera guerra mundial y la notable lección que extrajo de ello, como se registra en *Mi lucha*, de que tal vez un millón de vidas alemanas se habrían salvado si 12 000 o 15 000 judíos hubieran sido eliminados con gas venenoso durante la guerra o al comienzo de la guerra.¹⁴ Y el estudio “psicohistórico” de Binion afirma que la misión de Hitler de “extirpar de Alemania el cáncer judío y de sacar con veneno de Alemania el veneno judío” proviene de sus alucinaciones mientras se recuperaba del envenenamiento con gas mostaza en Pasewalk, cuando, supuestamente traumatizado por la muerte de su madre, que estaba siendo tratada por un médico judío, relacionó este hecho con su trauma por la derrota alemana de 1918. Hitler “emergió de ese trance resuelto a entrar en política para matar a los judíos como manera de cumplir con su misión de deshacer y revertir la derrota alemana”. Ésta era la “línea principal de su camino político” que fue desde Pasewalk hasta Auschwitz.¹⁵

La misma premisa básica de una temprana formulación e incommovible voluntad de Hitler de exterminar a los judíos como explicación suficiente del “Holocausto” subyace el estudio de Gerald Fleming, que busca documentar lo más exhaustivamente posible la responsabilidad personal de Hitler con respecto a la “solución final”. Aunque se concentra casi exclusivamente en el período del exterminio mismo, los capítulos introductorios se ocupan del crecimiento del antisemitismo de Hitler. En ellos se repite la afirmación de que un “camino recto” conducía desde el antisemitismo personal de Hitler y el desarrollo de su odio original por los judíos hasta sus órdenes personales de destrucción durante la guerra: “Un camino recto desde el antisemitismo de Hitler que tomó forma en Linz en el período 1904-7 hasta los primeros fusilamientos en masa de judíos alemanes en el Fuerte IX en Kowno el 25 y el 29 de noviembre e 1941”. El exterminio físico, según la visión de Fleming, fue el objetivo que Hitler mantuvo permanentemente desde su experiencia de la revolución de noviembre de 1918 hasta su final en el búnker, y a comienzos de los años vein-

te “Hitler desarrolló... un plan estratégico para la realización de su objetivo político”.¹⁶

Los más influyentes trabajos de los principales expertos germano-occidentales sobre el Tercer Reich también le atribuyen a Hitler una infatigable continuidad en sus objetivos, dominio en la conformación de políticas antisemitas desde el principio hasta el final, y un papel decisivo en la iniciación y la instrumentación de la “solución final”. Aunque dispuesta a atribuirle a “la situación histórica un rango comparativamente alto en la aplicación de la ‘política judía’ nacionalsocialista”,¹⁷ la línea de tipo “programático” (como se la ha llamado) considera que los objetivos y las medidas antisemitas estaban integralmente ligados a la política exterior, que fueron preparados junto con la política exterior en cuanto a los “objetivos finales” a largo plazo y que avanzaron “con lógica interna, consistencia y en etapas”.¹⁸ Klaus Hildebrand resume la posición de manera clara y concisa: “Fundamental para el genocidio nacionalsocialista fue el dogma de raza de Hitler... Todavía hay que entender que las ideas programáticas de Hitler acerca de la destrucción de los judíos y la dominación racial fueron primarias y, además, fueron causa, fueron motivo y dirección, intención y objetivo (*Vorsatz and Fluchtpunkt*)” de la “política judía” del Tercer Reich.¹⁹ Para el historiador suizo Walter Hofer, “es sencillamente incomprensible que alguien pueda afirmar que la política racial del nacionalsocialismo no era la realización de la *Weltanschauung* de Hitler”.²⁰

Los comentarios de Hofer eran parte de una crítica particularmente agresiva al enfoque “estructuralista” de los historiadores “revisionistas”. El blanco particular de ataque en esta instancia era Hans Mommsen, a quien se acusaba de no ver porque no quería las obvias conexiones entre el anuncio del programa de Hitler (en *Mi lucha* y en otros lugares) y su posterior realización.²¹ Mommsen mismo ha argumentado con vigor en varios de sus ensayos que la implementación de la “solución final” de ninguna manera puede atribuírse solamente a Hitler, así como tampoco a factores puramente ideológicos en la cultura política alemana.²² La explicación tendría, más bien, que buscarse en los peculiarmente fragmentados procesos de toma de decisiones en el Tercer Reich,

favorables a las iniciativas burocráticas improvisadas con su propio impulso interno, que fueron promoviendo un proceso dinámico de radicalización acumulativa. En su opinión, la suposición de que la “solución final” debió partir de una “orden del Führer” es equivocada. Aunque es indudable que Hitler conocía y aprobaba lo que estaba ocurriendo, semejante suposición, afirma Mommsen, se desvanece ante su conocida tendencia a dejar que las cosas siguieran su propio curso y a posponer decisiones siempre que le fuera posible. Además, ello no sería compatible con sus intentos conscientes de ocultar la propia responsabilidad, ni con su todavía más subconsciente supresión de la realidad concreta incluso para sí mismo —con toda la violencia de sus declaraciones propagandísticas, él jamás habló en términos concretos acerca de la “solución final”, ni siquiera en su círculo más íntimo— ni tampoco con el mantenimiento de las ficciones del “traslado de mano de obra” y de “desgaste natural” a causa del trabajo. En consecuencia, concluye Mommsen, no pudo haber habido una formal “orden del Führer” —escrita o verbal— para la “solución final” de “la cuestión judía europea”. Las referencias en las fuentes a una “orden” o “comisión” a diferencia de un vago “deseo del Führer” se refieren invariablemente al complejo de órdenes de la *Kommissarbefehl** de la primavera de 1941. Aunque los fusilamientos en masa de los judíos rusos emanaron del grupo de directivas de la *Kommissarbefehl*, éstos deben distinguirse de la “solución final” propiamente dicha: la exterminación sistemática de la judería europea. Y que ésta última se basara en una orden de Hitler, en opinión de Mommsen, no es confirmada por las pruebas, ni es coherente internamente. Más bien, aunque Hitler era el “generador ideológico y político” de la “solución final”, un “objetivo utópico” podía ser traducido a una dura realidad “sólo a la incierta luz de las manifestaciones de propaganda fanática del Dictador, ansiosamente tomadas como órdenes para la acción por hombres deseosos de demostrar su fidelidad, la eficiencia de su maquinaria y su indispensabilidad política”.

* *Kommissarbefehl*: ordenanza que disponía fusilar a los comisarios políticos del ejército soviético. [T.]

Una interpretación esencialmente similar fue propuesta por Martin Broszat en su agudo análisis de la génesis de la “solución final”.²³ Broszat afirmaba que “no había habido absolutamente ninguna orden general de exterminio”, pero que “el ‘programa’ de exterminio de los judíos gradualmente se desarrolló de manera institucional y en la práctica a partir de acciones individuales hasta principios de 1942 y adquirió un carácter determinante después de la construcción de los campos de exterminio en Polonia (entre diciembre de 1941 y julio e 1942)”. En opinión de Broszat, la deportación de los judíos era todavía un objetivo hasta el otoño de 1941. Fue sólo después del inesperado fracaso de la invasión *Blitzkrieg* a la Unión Soviética que los problemas con los planes de deportación más la incapacidad de los *Gauleiter*, de los jefes policiales, de los amos de la SS y de otros líderes en los territorios ocupados, para manejar las enormes cantidades de judíos transportados hacia sus dominios condujeron a la adopción de una creciente cantidad de “iniciativas locales” para liquidar a los judíos, iniciativas que luego recibieron una aprobación retrospectiva “desde arriba”. Según esta interpretación, por lo tanto, “la destrucción de los judíos parece que surgió no sólo de la voluntad preexistente de exterminarlos, sino también como una ‘salida’ al callejón sin salida en el que [el mismo régimen] se había metido. Una vez comenzada e institucionalizada, la práctica de la liquidación ganó de todas maneras un peso dominante y condujo al final a un ‘programa’ general *de facto*”.

Broszat se esforzó mucho en este ensayo (como lo había hecho Mommsen en sus escritos) por destacar que no podía de ninguna manera considerarse que su interpretación eliminara desde un punto de vista moral la responsabilidad y la culpa de la “solución final” de Hitler, quien aprobó, sancionó y dio fuerza a los actos de exterminio “quienquiera que los haya sugerido”. Sin embargo, lo que sí se quiere decir es que en lo que se refiere a la práctica concreta de la ejecución de la “solución final”, el papel personal de Hitler sólo puede ser deducido indirectamente.²⁴ Y moralmente, esto se extiende con toda claridad a los grupos y agencias del estado nazi más allá del Führer mismo.

El papel de Hitler es todavía más reducido en el análisis del historiador de la RDA Kurt Pätzold, quien también demuestra claramente el gradual y tardío surgimiento de una "política" de exterminio que viene de los no coordinados pero cada vez más bárbaros intentos de expulsar a los judíos de Alemania y de los territorios gobernados por los alemanes.²⁵ Mientras que su descripción del proceso que condujo desde el objetivo de la expulsión hasta el genocidio coincide con las explicaciones "estructuralistas" de los historiadores occidentales, Pätzold relaciona esto con un sentido de "propósito" dinámico y de una dirección del régimen nazi que en ocasiones parece estar faltando en los trabajos "estructuralistas". A pesar de una ritualista exageración acerca del propósito funcional de las medidas antisemitas al servicio de los intereses del capital monopólico, el modo de tratar el tema por parte de Pätzold tiene el mérito, me parece a mí, de ubicar la destrucción de los judíos como un elemento dentro del contexto general del implacable y deshumanizado impulso expansionista del estado nazi. Esto es dar vuelta la interpretación "hitlerista", donde el objetivo es atribuida de manera prácticamente exclusiva a la ideología del Führer, y donde las ambiciones nazis del *Lebensraum* son consideradas parte de la maníaca decisión de Hitler de destruir a los judíos.

La ausencia de un programa a largo plazo de exterminio ha llegado también a ser aceptada por los principales expertos israelíes en el "Holocausto". Yehuda Bauer, por ejemplo, escribe que "la política nazi respecto de los judíos se desarrolló en etapas, pero eso no quiere decir que en cualquier recodo del camino no hubiera otras opciones abiertas a los nazis que hubieran sido seriamente consideradas; en la Alemania nazi sólo se desarrolló una idea clara respecto de los judíos que fue aceptada por todos los diseñadores de la política, o sea, la idea de que en última instancia los judíos no tenían un lugar en Alemania".²⁶ Semejante posición es un reconocimiento a los descubrimientos de la detallada investigación histórica acerca del curso de las políticas antisemitas durante los años treinta, donde el completo análisis sugería que "el camino a Auschwitz" era un camino "sinuoso" y de ninguna manera el "sendero recto" que Fleming y otros

vieron.²⁷ La conclusión de Karl Schleunes fue, en realidad, que "la figura de Adolf Hitler durante esos años de búsqueda es un tanto borrosa. Su mano sólo raramente aparece en el diseño concreto de la política judía entre 1933 y 1938. Uno puede sólo concluir que él dedicaba su tiempo a preocupaciones más importantes. En parte, las excentricidades e inconsistencias de la política judía durante los primeros cinco años del gobierno nazi surgen de su incapacidad para ofrecer guía alguna".²⁸ La ausencia de claros objetivos condujo a "políticas" diversas y rivales entre sí, todas las cuales enfrentaron obstáculos. Pero no hubo marcha atrás en cuanto a "la cuestión judía". Fue de esta manera que la conocida obsesión ideológica de Hitler con los judíos tuvo la función objetiva —sin que Hitler mismo tuviera que levantar ni un dedo— de impulsar el fracaso en una sola dirección (boicoteo, legislación, "arianización", o emigración): hacia el renovado esfuerzo para "resolver el problema".²⁹ Una vez más, no caben dudas acerca de la responsabilidad moral de Hitler, ni del papel que sus intenciones —reales o *supuestas*— desempeñaron. Pero pocos rastros o casi ninguno existen de que hubiera una implementación consistente de prerrogativas ideológicas: "La solución final tal como surgió en 1941 y 1942 no fue el producto de un gran plan".³⁰

La exploración de Uwe Dietrich Adam, que tuvo la ventaja adicional de continuar la investigación entrando en el período de la guerra hasta la implementación de la "solución final" misma, llegó a conclusiones similares: "Los datos empíricos confirman ante todo que no se puede hablar de una política planificada y dirigida en este terreno; un plan general para el método, el contenido y la amplitud de la persecución de los judíos jamás existió y la matanza masiva y el exterminio tampoco fueron muy probablemente buscados *a priori* por Hitler como un objetivo político". A diferencia de Broszat, Adam atribuye el comienzo de la "solución final" a una orden personal de Hitler en el otoño de 1941. Sin embargo, en su opinión ésta debe colocarse en el contexto de un "desarrollo interno, que delimitó Hitler también en no menor medida".³¹

En la raíz de la divergencia en cuanto a explicaciones históricas del "Holocausto" resumidas acá yace la básica dicotomía entre

“intención” y “estructura”. ¿Fue el exterminio sistemático de la judería europea la realización directa del “plan para la destrucción” ideológicamente motivado por Hitler, quien, después de varias etapas de un proceso inexorable de desarrollo, puso en funcionamiento por medio de alguna “orden del Führer” escrita o, más probablemente verbal, en algún momento de 1941? ¿O la “solución final” surgió poco a poco y sin ninguna orden de Hitler como “un imperativo resultado del sistema de radicalización acumulativa”³² en el Tercer Reich? Pasemos ahora a una breve evaluación de estas posiciones y a analizar también algunas de las pruebas disponibles sobre las cuales debe basarse una interpretación. Desde la caída del bloque soviético, se han abierto algunas nuevas perspectivas a partir del acceso a fuentes en Europa oriental.³³

Evaluación

Parece importante destacar otra vez desde el comienzo que, a pesar de las afirmaciones que a veces hacen quienes adoptan una interpretación “hitlerista”, no están en juego en el debate ni la responsabilidad moral de Hitler por lo que ocurrió, ni su permanente odio personal por los judíos, de especial y central importancia para el sistema nazi en general y para el desarrollo de su política antisemita en particular.

Los historiadores que se inclinan por un enfoque “estructuralista” de buena gana aceptan la abrumadora cantidad de pruebas de que Hitler alimentó un odio personal, patológicamente violento por los judíos (cualesquiera que hayan sido sus orígenes) a lo largo de su “carrera” política, y reconocen también la importancia de aquella obsesión paranoica *en la formación del clima* en el que ocurrió la creciente radicalización de las políticas antisemitas. Para expresar la posición contraria en los términos más ásperos: sin Hitler como jefe del estado alemán entre 1933 y 1945, y sin su fanatismo acerca de la “cuestión judía” como impulso y aprobación, piedra de toque y legitimación, de la creciente discriminación y persecución, parece difícilmente imaginable que la “solución final” se hubiera producido. Este único pensamiento es suficiente para

afirmar un lazo fundamental entre Hitler y el genocidio. Además, el alegato moral contra los historiadores “estructuralistas” —en el sentido de que “trivializan” la maldad de Hitler— es también erróneo. El enfoque “estructuralista” de ninguna manera niega la responsabilidad personal, política y moral de Hitler respecto del “Holocausto”. Lo único que hace es ampliar esa culpabilidad para implicar directamente y como agentes activos y decididos a grandes sectores de las elites alemanas no nazis en el ejército, en la industria y en la burocracia, junto con la dirigencia nazi y las organizaciones partidarias. En realidad, lo que se acerca a la trivialización *en lo que a una explicación histórica se refiere* es la aparente necesidad de encontrar a un supremo culpable, ya que distrae la atención de las fuerzas activas en la sociedad alemana, que no necesitaban recibir una “orden del Führer” para dar una vuelta más de tuerca a la persecución a los judíos hasta que el exterminio se convirtió en la “solución” lógica (y la única disponible). La cuestión de distribuir culpas, pues, distrae de la verdadera pregunta que el *historiador* tiene que responder: precisamente *cómo* fue que el genocidio llegó a ocurrir, cómo fue que un odio desequilibrado, paranoide y una visión milenaria se convirtió en realidad y fue implementada como horrible práctica de gobierno.

Las ideas centrales del debate entre historiadores son las siguientes: si las pruebas del continuo y consistente odio personal de Hitler constituyen por sí mismas suficiente explicación del Holocausto (dado un escenario de amplia difusión de racial antisemitismo y odio ideológico por los judíos, y la correspondiente disponibilidad para obedecer las “órdenes del Führer”); si el exterminio físico era el objetivo de Hitler desde fecha muy temprana o emergió como una idea concreta sólo en 1941 aproximadamente —la última opción posible para “resolver la cuestión judía”—; y finalmente, si fue necesario para Hitler hacer algo más que establecer el objetivo subyacente de “deshacerse de los judíos” en territorio alemán, y luego sancionar los no coordinados pero crecientemente radicalizados pasos de los distintos grupos dentro del estado que buscaban, con frecuencia por razones que les eran propias y de ninguna manera motivadas por ideología antisemita alguna, convertir ese distante objetivo en una realidad concreta. Éstas son pre-

guntas abiertas, y no conclusiones apresuradas ni afirmaciones dogmáticas.

Un problema con la posición “intencionalista” —en particular con su variante extrema, la del “gran plan”— es la teleología implícita que toma a Auschwitz como un punto de partida y mira en retrospectiva hacia la violenta expresión de los primeros discursos y escritos de Hitler, para tratarlos como una “seria declaración de intenciones”.³⁴ Como Hitler hablaba con frecuencia de destruir a los judíos, y la destrucción de los judíos efectivamente se produjo, se saca la lógicamente falsa conclusión de que la “intención” expresada por Hitler tiene que ser la *causa* de la destrucción. Visto en retrospectiva, es fácil atribuir un significado concreto y específico a las bárbaras, pero difusas y bastante comunes generalidades acerca de “deshacerse” (*Entfernung*) y hasta del “exterminio” (*Vernichtung*) de los judíos, que formaron parte del lenguaje de Hitler (y de muchos otros en la derecha *völkisch*) desde principios de los años veinte en adelante. Unido a esto está el problema de establecer empíricamente la iniciación o la directa instigación de Hitler para producir los deslizamientos en la política para satisfacer sus objetivos. Este problema se acentúa por el obvio deseo de Hitler de no quedar públicamente asociado con medidas inhumanas y brutales, además del secreto y el lenguaje eufemístico que camuflaba la “solución final” misma. Para que las palabras “programa”, “plan” o “designio” en el contexto de la política nazi antisemita tengan un verdadero significado, entonces ellas deberían implicar algo más que la mera convicción, por muy fanáticamente que se haya sostenido, de que de alguna manera los judíos iban a “ser eliminados” del territorio alemán y de Europa en general, y que la “solución final” quedaba resuelta. Antes de 1941, las pruebas de que Hitler tenía más que esas vagas e imprecisas convicciones son débiles. Finalmente, la “lección” moral que se puede extraer de la posición “hitlerista” —aparte de la “coartada” que les brinda a las instituciones no nazis del Tercer Reich— no es de ninguna manera obvia. La más bien insípida conclusión de Fleming basada en su visión “intencionalista” de la “solución final” es que el odio alimenta el instinto animal de destrucción de la vida humana que existe en todos nosotros.³⁵

Más importante que una tan débil moralización, es la cuestión propuesta por los enfoques “estructuralistas”, acerca de cómo y por qué un sistema político con toda su complejidad y refinamiento puede en el término de menos de una década volverse tan corrupto como para llegar a considerar la ejecución del genocidio una de sus supremas tareas. El tema central aquí gira en torno a la naturaleza de la política “carismática”: cómo la difusamente expresada “intención” de Hitler fue interpretada y convertida en realidad por el gobierno y las agencias burocráticas que llegaron a desarrollar su propio ímpetu e impulso. El tipo de interpretación “estructuralista” también tiene algunas debilidades. Los datos empíricos rara vez son tan buenos como para permitir una detallada reconstrucción de los procesos de toma de decisión, sobre la que buena parte de los argumentos se apoyan. Y destacar la improvisación, la falta de planeamiento, la ausencia de coordinación, el caos gubernamental y la “emergencia” *ad hoc* de la política a partir del desorden administrativo posibilita, en ocasiones, pasar por alto la fuerza motora de la intención (por difusamente que sea expresada) y distorsionar el foco del impulso de raíz ideológica y el impulso dinámico del régimen. Sin embargo, el enfoque “estructuralista” efectivamente provee la oportunidad de colocar las “intenciones” de Hitler dentro del marco de referencia gubernamental que permitió la implementación burocrática de un difuso imperativo ideológico, que convirtió el eslogan de “deshagámonos de los judíos” en un programa de aniquilación. Y al concentrarse en la cuestión histórica de cómo el “Holocausto” ocurrió, en lugar de, implícita o explícitamente, tratar de distribuir culpas, hace que el tema de si Hitler tomó la iniciativa en cada momento, o si una decisión en particular fue sólo suya, parezca menos relevante y menos importante.

Durante los años anteriores a la guerra, como demuestran de manera convincente las pruebas reunidas y analizadas por Schleunes y Adam, parece claro que Hitler no tomó ninguna iniciativa específica respecto de la “solución final” y *reaccionó ante* las confusas y a veces conflictivas líneas de “política” que emergían, más que instigarlas.³⁶ Los principales impulsos provenían de la presión “desde abajo” de los activistas del partido, de la organización in-

terna y el dinamismo burocrático del bloque SS-Gestapo-SD, de las rivalidades personales e institucionales que encontraron un escape en la "cuestión judía" y, en no menor medida, de los intereses económicos deseosos de eliminar la competencia judía y de expropiar los capitales judíos.

El boicoteo nacional a los negocios judíos que ocurrió el 1º de abril de 1933 fue organizado principalmente como respuesta a la presión de los elementos radicalizados del partido, especialmente dentro de la SA, durante la ola de violencia y brutalidad desatada por la "toma del poder". Los únicos planes del NSDAP* para tratar la "cuestión judía" que había sido formulada antes de que Hitler se convirtiera en canciller eran los que se referían a la discriminación legal y privación de los derechos civiles.³⁷ Estos "planes" administrativos tan difusos y tan poco detallados difícilmente se puede decir que concordaran con el salvaje y peligroso estado de ánimo de los activistas del partido inmediatamente después de la euforia por la "toma del poder" en la primavera de 1933. En esas semanas, de hecho, no se produjo ninguna directiva referida a la "cuestión judía" ni en la Cancillería del Reich ni en el cuartel general del Partido Nazi.³⁸ Mientras tanto, la SA, cuyo "entusiasmo" apenas si se podía detener en ese momento, había comenzado su propia campaña antisemita de boicoteos y violencia. Cuando el jefe de la Gestapo, Rudolf Diels, se quejó por los excesos de la SA de Berlín, se le informó que "por razones muy humanas, se verá que ciertas actividades satisfarán los sentimientos de nuestros camaradas".³⁹ Bajo presión, Hitler reaccionó hacia fines de marzo con un llamado a un boicoteo general contra los negocios y profesionales judíos, que debía comenzar el 1º de abril y sería organizado por un comité de dirección de catorce personas bajo la conducción de Julius Streicher. Como es bien sabido, el boicoteo fue un notable fracaso, y a la luz de las negativas repercusiones en el exterior, la falta de entusiasmo entre importantes sectores de la elite de poder conservadora (incluido el presidente Hindenburg) y la fría indiferencia del pueblo alemán fue cancelado después de

* NSDAP: *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, partido Nacionalsozialista Laborista Alemán (el partido nazi). [T.]

un solo día y nunca más se intentó un boicoteo de alcance nacional. La vergonzosa legislación discriminatoria de los primeros meses de la dictadura, dirigida a los judíos en la administración pública y a los profesionales, surgió en ese mismo clima y bajo las mismas presiones. El papel directamente desempeñado por Hitler era limitado y dictado sólo por la necesidad que él sentía, a pesar de su obvia aprobación del boicoteo, de evitar que se lo asociara con los peores "excesos" de los más radicalizados del partido. Pero el ritmo fue forzado por el impulso de la violencia y las ilegalidades, las que, a su vez, produjeron su propia compulsión para brindar legitimación y aprobación *post facto*; este proceso se iba a repetir en etapas posteriores de la persecución a los judíos.⁴⁰

Después de un período relativamente tranquilo entre el verano de 1933 y comienzos de 1935, se inició una nueva ola antisemita que duró hasta el otoño de 1935. Una vez más, la agitación fue puesta en marcha y sostenida "desde abajo" por medio de la presión en el nivel de los *Gau** y de los activistas del partido, de las juventudes hitleristas y de las unidades de la SA en las diferentes localidades. Uno de los Gauleiter anotó en su informe que reactivar la "cuestión judía" había sido útil para revitalizar la caída moral de la clase media baja.⁴¹ La agitación estaba, por supuesto, apoyada por la propaganda del partido y del estado. Pero aparte de esto, hubo escasa intervención tanto del cuartel general del partido como del gobierno del Reich antes de agosto, cuando los boicoteos y la violencia comenzaban a mostrarse obviamente contraproducentes, tanto por sus repercusiones en la economía alemana como por la impopularidad de las frecuentes interrupciones de la paz. Hitler mismo difícilmente estuvo involucrado de manera directa. A pesar de sus instintos más radicales, estaba en esta etapa efectivamente compelido —en interés del "orden", la economía y las relaciones diplomáticas— a reconocer la necesidad de hacer que la dañina campaña cesara.⁴² Esto tenía que ser equilibrado por la necesidad de no quedar mal con los activistas del partido y la presión para cumplir con las exigencias de "acción" por parte del partido —en particular de legislación alineada con el progra-

* *Gau*: distrito. [T.]

ma del partido— respecto de la “cuestión judía”. El “compromiso” resultante fue efectivamente la promulgación de las notables “Leyes de Nuremberg” en septiembre de 1935, a la vez que se respondía a los pedidos de una clara guía y “regulación” de la “cuestión judía”, y se daba una vuelta más a la tuerca de la discriminación.

La sanción de las Leyes de Nuremberg demuestra a las claras de qué manera Hitler y la conducción nazi respondieron a las considerables presiones que venían desde abajo en su formulación de la política antisemita en ese momento.

La agitación y la violencia de la primavera y el verano de 1935 revivieron las expectativas dentro del partido de una incisiva legislación antisemita.⁴³ Además, el ministro del Interior del Reich, Frick, y otros dejaron entrever sugerencias y promesas a medias, los burócratas se apresuraron a regular la discriminación que ya estaba ocurriendo y la Gestapo introdujo de manera independiente prohibiciones a numerosas actividades judías. Todo esto forzó a los administradores a aprobar retrospectivamente lo hecho. Un área de descontento entre los agitadores del partido fue la no aprobación de la muy esperada exclusión de los judíos de la ciudadanía alemana. A pesar de las señales dadas por el ministro del Interior del Reich en cuanto a que se estaban preparando medidas, el verano nada trajo consigo para satisfacer a los más exaltados. El otro tema importante que fue muy usado por la propaganda y los agitadores fue el de los matrimonios mixtos y las relaciones sexuales entre “arios” y judíos. Una vez más, acciones terroristas ilegales, pero aprobadas en casos de “contaminación” racial, forzaron los acontecimientos y prepararon el clima. La urgente necesidad de una legislación fue aceptada por los líderes del régimen en una importante reunión de ministros presidida por Schacht el 20 de agosto. Sólo el momento de entrar en acción quedó sin decidir. En realidad, ya había rumores en la prensa extranjera a fines de agosto de que la proclama oficial podría producirse en la multitudinaria reunión del partido en Nuremberg, que se realizaría en septiembre. Si bien esos rumores resultaron ser ciertos, es posible que en aquel momento no fueran más que especulaciones inteligentes, ya que la decisión de promulgar las leyes en una reunión especial del Reichstag convocada en Nuremberg só-

lo fue tomada después de que la reunión hubiera efectivamente comenzado. Esto sucedió probablemente a causa de la renovada presión del “líder de los doctores del Reich”, Gerhard Wagner, quien, aparentemente después de conversaciones con Hitler, anunció el 12 de septiembre la intención de promulgar una “ley para la protección de la sangre alemana”. A partir de este momento, como es bien sabido, las cosas se movieron con rapidez. Los “expertos” en la “cuestión judía” fueron súbitamente llamados a Nuremberg el 13 de septiembre y se les dijo que prepararan una ley que regulara el matrimonio entre “arios” y judíos. La súbita decisión de promulgar leyes antisemitas durante la reunión parece haber sido principalmente decidida por cuestiones de propaganda, presentación e imagen. El Reichstag había sido convocado a Nuremberg, donde la intención original de Hitler había sido hacer una importante declaración sobre política exterior en presencia del Cuerpo Diplomático, aprovechando el conflicto de Abisinia para presentar las exigencias revisionistas de Alemania. Por consejo del ministro de Relaciones Exteriores, von Neurath, este plan fue abandonado el 13 de septiembre. Un conveniente programa sustituto para el Reichstag y el partido debía encontrarse rápidamente.⁴⁴ La bastante poco impresionante “ley de la bandera” difícilmente satisfaría las exigencias de la ocasión. Por lo tanto, la “ley de sangre”, que se estaba redactando a toda velocidad, y la ley de ciudadanía del Reich, redactada en una hora el 14 de septiembre, fueron propuestas como una sustancial ofrenda al Reichstag y a los fieles del partido reunidos. Hitler mismo, quien eligió el más suave de los cuatro proyectos de la “ley de sangre” que se le presentaron, aparentemente prefirió permanecer en segundo plano durante la redacción, empujando a la Oficina de Política Racial a la primera fila. Su propio papel fue característicamente difuso y elusivo respecto de cómo definir a “un judío”, cuando una reunión con ese propósito fue convocada en Munich a finales del mes. Hitler se limitó a un largo monólogo sobre los judíos, anunció que el problema de la definición sería resuelto entre el ministro del Interior del Reich y el partido, y dio por terminada la reunión. A mediados de noviembre, los funcionarios del estado y los representantes del partido pudieron arribar a una solución

de compromiso, después de que Hitler hubiera cancelado una nueva reunión prevista para principios de noviembre, donde se esperaba que se había esperado que él resolviera el asunto.⁴⁵

Hitler siguió sin tomar iniciativa alguna acerca de la "cuestión judía" durante los años relativamente tranquilos de 1936-7, en los que las rivalidades aumentaron entre las diferentes agencias que tenían algo que ver con los asuntos judíos: el ministerio del Interior, el de Economía, el de Relaciones Exteriores, la administración del Plan Cuatrienal, la agencia Rosenberg y, no menos importante, el aparato de la SS y la Gestapo. Una línea política clara estaba tan lejos como siempre. Según los informativos diarios de Goebbels de aquellos años, Hitler parece haber hablado directamente acerca de los judíos muy pocas veces, y cuando lo hizo fue en términos generales, como en noviembre de 1937, cuando, en una larga conversación con Goebbels acerca de la "cuestión judía", se le atribuye haber dicho: "Los judíos deben salir de Alemania, es más, de toda Europa. Eso todavía llevará algún tiempo, pero así será porque así debe ser". Según Goebbels, el Führer estaba "firmemente decidido" para que así fuera.⁴⁶

Estos comentarios fueron registrados apenas unas semanas después de que Hitler hubiera hecho su primer ataque público a los judíos al cabo de algún tiempo de silencio, en un discurso retórico de propaganda contra "el judío-bolchevique enemigo del mundo", durante una multitudinaria reunión del partido en septiembre de 1937.⁴⁷ Esto fue suficiente para poner en marcha una reanudación de la actividad antisemita en gran escala. Sin embargo, Hitler mismo no necesitaba hacer más que eso para estimular el proceso de "arianización" de las empresas judías en favor de los "grandes intereses" que se inició a fines de 1937 y en el que Göring fue la principal fuerza de empuje, ni tampoco para dirigir la creciente ola de violencia que siguió a la *Anschluss* y que luego se convirtió en algo más grande durante la crisis de los Sudetes del verano. La agitación y el terror generados por todos los miembros del partido en el verano y el otoño de 1938, junto con la expulsión en octubre de unos 17 000 judíos polacos que vivían en Alemania —un hecho que fue provocado por actos del gobierno polaco para negarles el reingreso a Polonia— dieron forma a la tensa

atmósfera que explotó en el pogromo llamado "Noche de los Cristales" del 9-10 de noviembre. Y, como es bien sabido, el iniciador de esto fue Goebbels, quien trató de explotar la situación en un intento por restablecer su desvanecido lugar de privilegio e influencia con Hitler. Aparte de darle luz verde verbalmente a Goebbels, Hitler cuidó muy bien de permanecer en segundo plano, sin asumir responsabilidad alguna por acciones que eran a la vez impopulares entre la gente y castigadas (aunque por supuesto no por motivos humanitarios) por los dirigentes nazis.⁴⁸

Las secciones antes faltantes de los diarios de Goebbels, descubiertas en archivos en Moscú, arrojan nueva luz sobre la instigación al pogromo y sobre los respectivos papeles desempeñados por Hitler y por Goebbels. "Le presenté el asunto al Führer", escribió Goebbels en su descripción de la reunión de los seguidores del partido en la vieja alcaldía de Munich la noche del 9 de noviembre de 1938. "Él decide: que las demostraciones continúen. Retiren a la policía. Los judíos deben sentir de una vez por todas la total furia del pueblo". Y continúa el ministro de Propaganda: "Eso está bien. De inmediato di instrucciones en ese sentido a la policía y al partido". Inmediatamente después, Goebbels pronunció su discurso para enardecer a la multitud y a los líderes del partido, quienes luego se lanzaron a los teléfonos para poner la acción en marcha. "Ahora el pueblo actuará", escribió Goebbels. Hitler, resulta claro por los diarios, también dio la orden para el arresto esa misma noche de unos 20 000 o 30 000 judíos.⁴⁹ A la mañana siguiente, 10 de noviembre, cuando Goebbels informó acerca de los avances del pogromo, Hitler se mostró totalmente de acuerdo. "Sus opiniones son muy radicales y muy agresivas", comentó Goebbels. Hitler también aprobó "con correcciones menores" el decreto que Goebbels preparó una vez que se sintió que había llegado el momento de detener la "acción", y también expresó su deseo de que se tomaran "medidas muy severas" contra los judíos en la esfera económica, para la reconstrucción compulsiva de sus negocios dentro de cualquier pago de seguros, y su subsiguiente expropiación gradual. Una vez más, Goebbels entregó los "decretos secretos" para que esto fuera puesto en práctica.⁵⁰

“La Noche de los Cristales”, concluye Schleunes, “fue el resultado de la falta de coordinación que caracterizó la planificación nazi de la política antisemita y también el resultado de un último esfuerzo por parte de los radicales para arrebatarse el control a la policía”.⁵¹ En lo que a la propaganda se refiere, fue un fracaso. Pero, como de costumbre, los líderes nazis, aunque con propuestas diferentes para resolver el problema, estuvieron de acuerdo en la opinión de que eran necesarias medidas radicales. Los judíos fueron así excluidos de la economía, y la responsabilidad por “la solución de la cuestión judía”, aunque formalmente entregada a Göring, fue efectivamente puesta en manos de la SS. La emigración, que había aumentado significativamente en medio del pánico después del pogromo, siguió siendo el principal objetivo, e iba a ser canalizada por una oficina central creada en enero de 1939. El comienzo de la guerra no alteró este objetivo. Pero sí alteró las posibilidades de su implementación.

La guerra misma y la rápida conquista de Polonia produjeron una transformación en la “cuestión judía”. La emigración forzada ya no era una opción posible y los planes, por ejemplo, de tratar de “vender” judíos a cambio de moneda extranjera ya no eran factibles. Después de trabajar sobre la idea de hacer que el territorio alemán quedara “libre de judíos”, los nazis de pronto se encontraron, por supuesto, con que tenían un adicional de tres millones de judíos de los cuales tendrían que ocuparse. Por otra parte, ya no había demasiada necesidad de tener en cuenta las reacciones en el extranjero, de modo que el tratamiento recibido por los judíos polacos —particularmente deshumanizados y despreciados como “judíos orientales”, la forma más baja de existencia en medio de un enemigo ya por sí mismo desvalorizado— alcanzó niveles de barbarie que en mucho excedía lo que había ocurrido en Alemania o en Austria. Además, la libertad de acción relativa otorgada al partido y a la policía, sin restricciones legales ni preocupaciones por la “opinión pública”, dejó un amplio margen para las “iniciativas” autónomas e individuales en cuanto a la “cuestión judía”.

Antes de considerar el debate acerca de si la “solución final” fue instigada por una sola y general “orden del Führer”, y cuándo esa orden podría haber sido dictada, parece importante echar una

breve mirada al proceso de radicalización que cobró impulso entre 1939 y 1941.⁵²

Un decreto administrativo del 21 de septiembre de 1939, en el que Heydrich trazaba los lineamientos generales de la persecución a los judíos en Polonia, distinguía entre un “objetivo final” a largo plazo o “medidas generales planificadas” —sin ser mayormente dilucidadas y que iban a permanecer estrictamente secretas— y “medidas preliminares” a corto plazo, con la intención de concentrar a los judíos en grandes ciudades cerca de los cruces de ferrocarriles.⁵³ Sería equivocado sacar la conclusión de que el difusamente indicado “objetivo final” significaba la aniquilación programada, la real “solución final” que más adelante se desarrolló. Sin embargo, claramente la parte operativa del decreto se relacionaba con la provisional concentración de judíos para su posterior transporte. Por una orden de Himmler de unas semanas más tarde, el 30 de octubre, todos los judíos en la parte occidental de Polonia, que había pasado a llamarse Warthegau al ser anexada al Reich, iban a ser deportados hacia el llamado *Generalgouvernement* —el centro de Polonia, ocupado bajo el gobierno de Hans Frank— para dejar disponibles casas y trabajos que serían ocupados por alemanes que se asentarían allí. Por lo tanto, Hans Frank tenía que estar preparado para recibir varios cientos de miles de judíos y polacos deportados desde Warthegau.⁵⁴ La política de expulsión forzosa condujo inevitablemente al establecimiento de guetos, el primero de los cuales fue levantado en Łódź (Litzmannstadt) en diciembre de 1939. Casi al mismo tiempo, el trabajo obligatorio fue implementado para todos los judíos en el *Generalgouvernement*. Los pasos simultáneos de formar guetos y el trabajo obligatorio proporcionaron parte del impulso que más tarde culminaría en la “solución final”.⁵⁵ En esos momentos, se supuso que las deportaciones de las áreas anexadas conduciría al rápido final en ellas de la “cuestión judía”, y que en la *Generalgouvernement* aquellos judíos (incluyendo mujeres y niños) que no estuvieran en condiciones de trabajar debían ser confinados de los guetos; además, los judíos disponibles para el trabajo forzado deberían ser enviados a campos de trabajos forzados. Esta decisión, tomada en una reunión de altos jefes de la SS en enero de 1940, y la aceptación de las inevita-

bles muertes por agotamiento, hambre y enfermedades, marca un punto en el que “la idea asesina de antisemitismo, que antes existía de una manera general, abstracta, comenzó a tomar forma en un proyecto concreto. La decisión de asesinar a millones en ese momento todavía no había sido tomada. Pero en la práctica y en el pensamiento un paso en esa dirección ya estaba dado”.⁵⁶

A principios de 1940, había todavía diferencias sustanciales de opinión sobre cómo encontrar una “solución a la cuestión judía”, y no había señal alguna de un programa total y claro. Obviamente sin prever una pronta “solución”, Hans Frank indicó en un discurso en marzo que el Reich no iba a poder quedar “libre de judíos” durante la guerra.⁵⁷ Unos meses más tarde, Frank se enfrentaba a la exigencia de recibir un cuarto de millón de habitantes del gueto de Łódź, de los que el *Gauleiter* Greiser de Warthegau quería librar a sus dominios. Cuando Frank se negó, uno de los equipos de Greiser declaró ominosamente que la “cuestión judía iba a tener que resolverse de alguna manera”.⁵⁸

La “política judía” a mediados de 1940 —momento para el cual los judíos de Europa occidental también habían caído en manos alemanas y la real posibilidad de una “solución” general europea se había abierto— estaba todavía en estado de confusión. Eichmann todavía alimentaba ideas de un amplio plan de emigración a Palestina.⁵⁹ Intentos de continuar con la emigración de judíos de la misma Alemania (sobre todo vía España y Portugal) siguieron siendo alentados hasta bien entrado 1941.⁶⁰ Sin embargo, la deportación arbitraria de judíos de las áreas orientales del Reich hacia el *Generalgouvernement* fue prohibida por Göring en marzo de 1940, después de que Hans Frank se negó a aceptar más deportados.⁶¹ Y para los “judíos orientales” —la mayoría bajo dominio alemán— la emigración de cualquier manera no era una alternativa posible. En junio de 1940, Heydrich informaba al ministro de Relaciones Exteriores, Ribbentrop, que el “problema general” de los aproximadamente tres millones doscientos cincuenta mil judíos en territorios gobernados por alemanes “ya no podía ser resuelto con la emigración” y que, por lo tanto, era necesaria “una solución territorial”.⁶² A los representantes judíos se les informó de que una reserva en algún todavía no definido territorio colo-

nial era lo que el gobierno tenía en mente.⁶³ Unos días antes, Franz Rademacher, jefe del departamento de judíos del Ministerio de Relaciones Exteriores, había presentado planes para crear esa reserva en Madagascar. Esta sugerencia fue aparentemente aprobada por Himmler, mencionada por Hitler en conversaciones con Mussolini y Ciano ese mismo mes, y finalmente abandonada a comienzos de 1942.⁶⁴ Los planes de una reserva fueron ciertamente tomados en serio por un tiempo y, a la luz de investigaciones recientes, no pueden ser considerados simplemente un camuflaje para las primeras etapas de la “solución final” misma, aunque es indudable que cualquier plan de reserva territorial habría conducido al exterminio físico, equivalente al genocidio por un camino diferente.⁶⁵

Hacia fines de 1940, no había un final para los guetos judíos en Polonia que pudiera preverse para un futuro cercano. Al mismo tiempo, las condiciones de los habitantes empeoraban día a día, y se acercaban a parecerse a la desagradable caricatura de la existencia judía retratada en la nauseabunda película de propaganda de 1940, *The Eternal Jew*.⁶⁶ Desde el punto de vista de los grandes señores nazis, el agudo problema de la higiene, la provisión de comida, alojamiento y administración relacionado con los guetos clamaba “un alivio de ese peso y una solución”. Ya se estaban discutiendo algunas salidas posibles: en marzo de 1941, Victor Brack, un importante funcionario de la Cancillería del Führer que había estado a cargo de la llamada “Operación eutanasia” por la que se habían eliminado más de 70 000 enfermos mentales y otras personas en Alemania entre 1939 y 1941, propuso métodos para la esterilización de entre 3 000 y 4 000 judíos por día.⁶⁷

Para ese momento, primavera de 1941, la dirigencia nazi y los jefes militares estaban totalmente ocupados con la preparación de la invasión a la Unión Soviética (y una esperada rápida victoria tipo *Blitzkrieg*). En la guerra contra el gran enemigo bolchevique, el “problema judío” iba a adquirir una nueva dimensión: la última fase antes de la “solución final” real. Los fusilamientos en masa de los judíos rusos por parte de los SS-*Einsatzgruppen* marcaron la radicalización de la política antisemita, que Christopher Browning justificadamente rotuló como “un salto cuántico”.⁶⁸ Esto nos de-

vuelve a nuestra preocupación central, la del papel personal de Hitler en esta génesis de la “solución final”.

La poca calidad de las fuentes, que reflejan en buena medida el secreto respecto de las operaciones de matanza, y la deliberada oscuridad en el lenguaje empleado para referirse a ellas han llevado a los historiadores a arribar a conclusiones muy distintas con respecto a las mismas pruebas, acerca del momento y la naturaleza de la decisión o las decisiones de exterminar a los judíos. Eberhard Jäckel sugiere que una orden de Hitler para el exterminio de los judíos europeos podría haber sido impartida ya en el verano de 1940, sobre la base de una fuente, que él mismo admite que no es buena (las memorias del masajista confidente de Himmler, Felix Kersten). Sin embargo, considera que la primavera de 1941 fue el período cuando las primeras decisiones clave fueron tomadas, en el contexto de las preparaciones para la campaña rusa, con posteriores decisiones que se extendieron a la matanza de judíos alemanes para finales de septiembre, luego a los judíos polacos y al final (probablemente en noviembre) a todos los judíos europeos.⁶⁹ Richard Breitman es de la opinión de que para principios de 1941 “Hitler ya había tomado una decisión fundamental para exterminar a los judíos”.⁷⁰ Helmut Krausnick escribe de un “decreto secreto... que dice que los judíos deben ser exterminados” dictado por Hitler no más tarde de marzo de 1941, en el contexto de las directivas para fusilar a los comisarios políticos del Ejército Rojo.⁷¹ Andreas Hillgruber señala una orden verbal de Hitler a Himmler o a Heydrich como muy tarde en mayo de 1941 para la eliminación sistemática de los judíos rusos, con la implicación del dictado de una orden de extender tal cosa a todos los judíos europeos antes de finales de julio de 1941. Para esta época, Heydrich recibió de Göring la orden de comenzar los preparativos para “una solución total de la cuestión judía” en la esfera de influencia alemana y de presentar un plan general de medidas necesarias “para el logro de la solución final de la cuestión judía que nosotros deseamos”.⁷² Los autores más importantes que se ocupan del tema (por ejemplo, Retlinger, Hilberg, Dawidowicz y Fleming) coinciden en indicar una decisión de Hitler para aplicar la “solución final” durante la primavera o muy posiblemente en el vera-

no de 1941, y en verla incorporada al mandato de Göring del 31 de julio.⁷³ Christopher Browning, también, destaca la importancia capital de la orden de Göring, ya que refleja una decisión que Hitler había tomado en el verano para extender la matanza a todos los judíos europeos. Sin embargo, relativiza la decisión al verla más como una forma de estimular la iniciativa que como una clara directiva que el Führer aprobó y sancionó en octubre o noviembre.⁷⁴ Adam razona a favor de una decisión de Hitler en el otoño, más que en el verano, en un momento en que el avance alemán en Rusia se había detenido y las difusas ideas acerca de una “solución territorial” al este de los Urales se había obviamente convertido en algo totalmente ilusorio.⁷⁵ Una posición más radical es la adoptada por Broszat, Mommsen y Streit, quienes rechazan de plano la existencia de una sola, específica y general “orden del Führer” —escrita o verbal— y ponen el acento en la acumulación de “aprobaciones” de exterminios “de facto”, iniciados por otras agencias y en violento aumento entre en verano de 1941 y principios de 1942, a partir de las cuales la “solución final” propiamente dicha —las sistemáticas matanzas con gas en los campos de exterminio— “evolucionó”.⁷⁶ Una interpretación similar es la que implícitamente ofrece Hans-Heinrich Wilhelm al final de un exhaustivo estudio de los *Einsatzgruppen**, cuando escribe acerca de una decisión de Hitler en el verano de 1941, pero que sólo se refiere a los “judíos orientales”, con graduales extensiones posteriores y progresiva radicalización, aunque no sin el acuerdo expreso de Hitler.⁷⁷

Algunos estudios apoyan la idea de una fecha posterior —como muy temprano a fines del verano u otoño de 1941— para el deslizamiento hacia el genocidio puro y simple, mientras que arriban a diferentes conclusiones acerca del papel desempeñado por Hitler. Para Arno Mayer, el umbral del asesinato en masa fue atravesado cuando la “cruzada” nazi contra el bolchevismo se vio en dificultades, que comenzaron, en un sentido amplio, alrededor de septiembre de 1941. Incluso en la Conferencia de Wannsee del 20

* *Einsatzgruppen*: unidades móviles del Servicio de Seguridad de la Seguridad Policial. [T.]

de enero de 1942, los nazis estaban, según Mayer, todavía sólo tanteando el camino hacia la "solución final".⁷⁸ Hitler no desempeña ningún papel específico en el enfoque de Mayer, a diferencia de lo que sostiene el historiador suizo Philippe Burrin, que ubica a Hitler en el centro de su interpretación y le atribuye el peso a las circunstancias en las que el impulso hacia una solución territorial se transformó en genocidio sistemático. En el análisis de Burrin, las crecientes dificultades de la Operación Barbarroja son vistas como el acicate para el salto hacia el genocidio.⁷⁹ Él ubica esta jugada alrededor de agosto en la Unión Soviética, extendida a la totalidad de la judería europea más o menos un mes más tarde, con un cambio por parte de Hitler respecto de su anterior posición en cuanto a que los judíos sólo podían ser deportados hacia el este después de la derrota de la Unión Soviética.

Estudios más recientes tienden a dirigir su mirada a distintas fases de racialización más que a una decisión general, y cada vez más han llegado a fechar la extensión al genocidio extremo no antes del otoño de 1941. Götz Aly, por ejemplo, señala los "claros saltos en el desarrollo (*deutliche Entwicklungssprünge*)" en marzo, julio y octubre de 1941.⁸⁰ Pero en una sorprendente —y controvertida— nueva evaluación, Christian Gerlach va más lejos y llega a precisar la "decisión básica (*Grundsatzentscheidung*)" por parte de Hitler, de extender la matanza de los judíos ya vigente en el Este a la totalidad de la judería europea, en una reunión con su Gauleiter el 12 de diciembre de 1941, el día siguiente de la declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos.⁸¹ Peter Longerich, por otra parte, rechaza la elusiva búsqueda de una única decisión (y con ello también la precisa fecha de Gerlach) de instigar a la "solución final". Más bien, él ve el programa de exterminar a los judíos de Europa como la culminación, alcanzada sólo durante la primavera y el verano de 1942, de numerosos estadios de escalada, todos ellos con la idea del genocidio en mente.⁸²

Como lo demuestran las diversas interpretaciones de los principales expertos, las pruebas con respecto a la naturaleza precisa de una decisión de llevar a la práctica la "solución final", en cuanto al momento en que se tomó, e incluso con respecto a la existencia misma de tal decisión son circunstanciales. Aunque los je-

fes de segunda línea de la SS en repetidas ocasiones se refirieron en los juicios de posguerra a una "orden" o "comisión del Führer", ningún testigo directo de esa orden sobrevivió a la guerra. Ya pesar de toda la brutalidad de sus propias declaraciones, no hay registros de que Hitler hablara categóricamente, siquiera en su círculo más íntimo, de alguna decisión que él hubiera tomado para matar a los judíos, aunque sus comentarios no dejan la menor duda de su aprobación, amplio conocimiento y aceptación de la "gloria" de lo que se estaba haciendo en su nombre.⁸³ La interpretación se apoya, por lo tanto, en el "equilibrio de las probabilidades".⁸⁴ Necesitamos considerar brevemente las pruebas desde este ángulo.

Hitler no necesitaba enunciar directivas o tomar claras iniciativas para promover el proceso de radicalización en la "cuestión judía" entre 1939 y 1941. Más bien, como hemos visto, el impulso fue en gran medida estimulado por una combinación de medidas burocráticas que emanaban del Cuartel General de Seguridad del Reich (cuyas consecuencias administrativas no fueron claramente previstas), e iniciativas *ad hoc* tomadas "en el terreno" por individuos y agencias encargadas de ocuparse de una tarea cada vez menos manejable. Típico de la actitud de Hitler fue su deseo, expresado hacia fines de 1940, de que su *Gauleiter* en el Este tuviera "la necesaria libertad de movimientos", para dar cumplimiento a su difícil tarea, y que él le iba a exigir a su *Gauleiter después de diez años* nada más que el solo anuncio de que sus territorios eran puramente alemanes, y no iba a averiguar acerca de los métodos usados para lograrlo.⁸⁵ Su propio papel directo quedó ampliamente confinado al terreno de la propaganda: largos discursos públicos de odio, de terribles aunque difusos pronósticos acerca del destino de los judíos. El más notable de ellos fue su discurso en el Reichstag el 30 de enero de 1939, cuando profetizó que la guerra produciría la "aniquilación (*Vernichtung*) de la raza judía en Europa". A esta profecía hizo frecuentes referencias en los años venideros, y significativamente más tarde le puso la fecha el 1º de septiembre de 1939, el día en que se desató la guerra.⁸⁶ Este solo dato refleja la mezcla mental de la guerra y su "misión" de destruir a los judíos, que alcanzó su fatal punto de convergencia en la idea de "guerra de aniquilación" contra la Unión Soviética.⁸⁷

Las bárbaras preparaciones para el ataque a la Unión Soviética, que implicaron también a la *Wehrmacht* en la serie de directivas criminales relacionadas con la *Kommissarbefehl* —la orden de fusilar a los comisarios políticos en el ejército soviético—, incluían instrucciones verbales al líder de los *Einsatzgruppen*, y sus subunidades, los *Einsatzkommandos*, dadas por Heydrich acerca del papel que ellos iban a desempeñar al comienzo del avance del ejército. Varios jefes de los *Einsatzkommando* aseguraron después de la guerra que fue durante esas sesiones de información que se enteraron de la orden del Führer de exterminar a los judíos rusos.⁸⁸ La mayoría de los historiadores ha aceptado que alguna directiva general de Hitler dándoles poder para matar a los judíos rusos estaba detrás de las instrucciones verbales de Heydrich, y que la más limitada orden escrita de Heydrich a los más altos jefes de la SS y la Policía en la Unión Soviética el 2 de julio de 1941, apuntando al exterminio de los “elementos radicales” en la población conquistada, entre ellos “judíos con cargos en el partido y en el Estado”, estaba dirigida a dar una suerte de justificación a la *Wehrmacht* o a otras autoridades por los fusilamientos masivos.⁸⁹ Ciertamente, las matanzas de los *Einsatzgruppen* desde el principio nunca estuvieron limitadas a quienes ocupaban cargos en el partido y en el estado. Ya el 3 de julio, por ejemplo, el jefe del *Einsatzkommando A* en Lutzk hizo fusilar a unos 1 160 judíos varones para, como dijo él, poner su sello en la ciudad.⁹⁰ Los escuadrones de la muerte del *Einsatzgruppe A* en el Báltico hicieron una particularmente liberal interpretación de su mandato.⁹¹ Los *Einsatzgruppen*, finalmente, llegaron a hacer una importante contribución en la matanza de más de dos millones de judíos rusos; el *Einsatzgruppe A* solo informó acerca de la “ejecución” de 229 052 judíos para principios de enero de 1942.⁹² Sus detallados “informes de acontecimientos” mensuales están entre las más horribles reliquias que sobrevivieron al Tercer Reich.

Los vastos números de judíos rusos asesinados hablan claramente a favor de la existencia de una orden desde arriba, más que de simples iniciativas locales por parte de unidades irresponsables de los *Einsatzgruppen*.⁹³ Al mismo tiempo, hubo en las primeras etapas de la invasión una evidente falta de claridad entre los jefes de

los *Einsatzgruppen* y otros líderes de la SS, del partido y de la policía en los territorios orientales ocupados, acerca del preciso alcance de su tarea en lo relacionado con la naturaleza de cualquier solución a largo plazo al “problema judío”. Parece posible que durante las varias reuniones instructivas previas a la invasión de los *Einsatzgruppen* se hablara de exterminar judíos en los territorios rusos a los que estaban por ser enviados, pero las palabras elegidas fueron suficientemente ambiguas como para ser entendidas de diversas maneras.⁹⁴ De todas modos, las pruebas reunidas por Alfred Streim y ampliadas en el análisis de Philippe Burrin son difíciles de reconciliar con la transmisión de una orden específica del Führer para el exterminio de la judería rusa antes del comienzo de la Operación Barbarroja y sugieren que las instrucciones para matar dadas a los *Einsatzgruppen* al principio fueron limitadas. De hecho, es muy probable que efectivamente hayan sido del mismo tenor que la directiva de Heydrich del 2 de julio de 1941.

Ha quedado claro que los testimonios de los jefes de los *Einsatzkommando* ante la corte de principios de la posguerra acerca de la existencia previa de una orden del Führer eran falsos, fabricados para proveer una defensa unificada del jefe del *Einsatzgruppe D*, Otto Ohlendorf, en su juicio en 1947.⁹⁵ Posteriores testimonios más confiables, brindados por aquellos directamente involucrados, han indicado con un alto grado de plausibilidad que no había conocimiento previo de una orden para el exterminio general antes de marchar hacia la Unión Soviética, y que ese mandato fue dado apenas unas pocas semanas antes del comienzo de la campaña rusa.⁹⁶ Había poca lógica, como ha señalado Streim, en el hecho de tratar de estimular a la población local para desatar pogromos contra los judíos (lo cual había sido parte de las instrucciones verbales de Heydrich) si ya existía una orden general de exterminio vigente. Además, en los comienzos de “Barbarroja”, los lineamientos de la orden escrita de Heydrich del 2 de julio fueron en su mayor parte *ampliamente* acatados.⁹⁷ Comparados con la escala de las matanzas desde alrededor de mediados de agosto en adelante, los números de fusilados por las unidades de los *Einsatzgruppen* en las primeras semanas después de la invasión fueron *relativamente* pequeños y abrumadoramente limitados a judíos varones. Por ejem-

plo, el excepcionalmente brutal *Einsatzkommando 3*, que operaba en Lituania, mató a 4 239 judíos, de los cuales 135 eran mujeres, durante el mes de julio de 1941.⁹⁸ En agosto, esto se elevó a 37 186 muertos, y de éstos por lo menos 32 430 después de mediados de mes, mientras que en septiembre las víctimas llegaron a 56 459, incluyendo 26 243 mujeres y 15 112 niños. La verdadera práctica de los *Einsatzgruppen* corresponde, por lo tanto, a significativos indicadores de los testimonios de posguerra y a numerosas piezas de pruebas documentales de que la “orden del Führer” fue transmitida a los *Einsatzkommandos* en algún momento durante el mes de agosto.⁹⁹ Sin embargo, la orden de ampliar la matanza a todos los judíos, de cualquier edad y sexo —con la notable culminación del fusilamiento masivo de 33 771 judíos, hombres, mujeres y niños en Babi-Yar, cerca de Kiev entre el 29 y 30 de septiembre de 1941— no fue, parece, dada en un momento específico en una sola y centralizada reunión por Heydrich o Himmler. Más bien parece haber sido deslizada por Himmler en conversaciones con los jefes policiales y los líderes de la SS en los territorios orientales, quienes transmitieron la orden a los jefes de los *Einsatzgruppen* y luego en reuniones de instrucción individuales con los jefes de los *Einsatzkommandos*.¹⁰⁰ El hecho de que la extensión de la matanza en agosto tuviera la aprobación de Hitler parece incuestionable. La naturaleza y forma de la “orden del Führer”, y si era equivalente a una iniciativa por parte de Hitler mismo o fue apenas más que la aprobación de una sugerencia —ella misma, muy probablemente, emanada de los comandantes locales de las unidades relacionadas con las matanzas y ampliada para convertirse en una más abarcadora excusa— de Heydrich o de Himmler es algo imposible de definir.

Una sugerencia de que la posibilidad de una “solución” relacionada con todos los judíos europeos estaba siendo discutida, aun antes de que los *Einsatzgruppen* hubieran comenzado sus matanzas de judíos rusos, aparece en una circular de Eichmann del 20 de mayo de 1941, donde aconsejaba a Göring que prohibiera la emigración judía desde Francia y Bélgica (para que no se bloqueara cualquier posible emigración futura de judíos alemanes) y donde también menciona la inminente proximidad de la “solución final

del problema judío” que “indudablemente está por llegar”.¹⁰¹ Fue, sin embargo, más de dos meses más tarde, después de que los escuadrones de la muerte habían estado asolando la Unión Soviética durante casi seis semanas, que Heydrich recibió la orden de Göring de prepararse para “una solución total de la cuestión judía”.¹⁰² Como ya lo señalamos, esta autorización, iniciada por Heydrich y preparada para él por Eichmann, para que la firmara Göring en el contexto de la esperada inminente victoria sobre la Unión Soviética,¹⁰³ ha sido con frecuencia interpretada como dando voz a una directiva de Hitler que marca el momento de la orden para la “solución final”. Esta interpretación parece poco convincente.

El hecho de que Hitler fuera directamente consultado acerca de la orden de Göring a Heydrich resulta también dudoso. Dado que la orden técnicamente equivalía a no más que una ampliación de la autoridad que a Heydrich ya le había sido acordada por Göring en 1939, la nueva aprobación de Hitler no era estrictamente necesaria.¹⁰⁴ De todas maneras, como Burrin argumenta de manera convincente, parece casi seguro que esta orden *no* marcó la inflexión hacia un genocidio total, sino que todavía formaba parte de la intención de arribar a una “solución” territorial general una vez que la guerra en el Oeste se terminara.¹⁰⁵ A fines de julio de 1941, la victoria sobre la URSS parecía una cuestión de semanas y no de meses, y Heydrich estaba sin duda interesado en establecer su autoridad más allá de toda discusión en la administración de la “cuestión judía”, que él había obtenido inicialmente del mandato que Göring le había dado el 24 de enero de 1939. Por su parte, Hitler todavía, durante todo el mes de agosto, sostenía la idea de que los judíos serían deportados al Este sólo después del final de la campaña rusa.¹⁰⁶ A mediados de septiembre, Hitler entonces cambió de idea y ordenó la deportación de los judíos de Alemania, Austria y Checoslovaquia lo más pronto posible. Las razones para este cambio no son claras. Ciertamente, Rosenberg, entre otros, seguía pidiendo la deportación de los judíos al Este. Además, Hitler parece haber estado preocupado en esa época por el cada vez más lento avance en el Este, con la creciente posibilidad de una lucha prolongada. Él volvió dentro de su círculo íntimo, precisamente en esas semanas, a las lecciones que había que extraer de la derrota

alemana en 1918 y a la necesidad de destruir a los “elementos” que habían socavado las posibilidades de victoria de Alemania en la primera guerra mundial.¹⁰⁷ Y para septiembre, por supuesto, como ya lo hemos señalado, el genocidio pleno ya había sido adoptado por los *Einsatzgruppen* en la Unión Soviética. El tema, entonces, de unir el hecho del exterminio físico que ya estaba ocurriendo en el Este, la imposibilidad de lograr una solución territorial en un futuro próximo, y el mandato que Heydrich ya había obtenido para organizar la solución general al “problema judío” en todas las áreas ocupadas por Alemania, era para septiembre de 1941 algo incontenible. Aun así, un programa general de exterminio para toda la judería europea todavía no había surgido plenamente.

El verano y el otoño de 1941 se caracterizaron por un alto grado de confusión y de interpretaciones contradictorias de los objetivos de la política antisemita de las autoridades nazis. Fue un período de experimentación y de recurrir a la “autoayuda” y a las “iniciativas locales” para terminar con los judíos, particularmente una vez que los transportes desde el Reich y desde el oeste de Europa habían (en este caso claramente por orden de Hitler) comenzado a dirigirse hacia el este en el otoño de 1941. Esto persuadió a los jefes nazis en Polonia y en Rusia para que adoptaran medidas radicales *ad hoc* —eliminación—, para poder dar abasto con las innumerables cantidades de judíos que venían desde el Oeste para ingresar en sus dominios y eran depositados desordenadamente en las fronteras.¹⁰⁸ Mientras tanto, el proceso de matanzas aumentaba con rapidez, y no sólo en lo referido a la “cuestión judía”. Christian Streit ha demostrado de qué manera la *Wehrmacht* ayudó de buena gana con la creciente barbarie que fue la “guerra de aniquilación”, mediante su estrecha colaboración con los *Einsatzgruppen* y su directa participación en la eliminación de casi dos tercios de los prisioneros de guerra soviéticos que cayeron en manos de los alemanes.¹⁰⁹ Inicialmente, fue para albergar a los cautivos soviéticos que el entonces pequeño campo de concentración de Auschwitz fue ampliado, y los primeros experimentos con las cámaras de gas allí tuvieron como víctimas no a los judíos sino a los prisioneros de guerra soviéticos.

La confusión, las contradicciones y las improvisaciones del verano y el otoño de 1941 son, sin embargo, compatibles con el gradual acercamiento al amplio programa genocida conocido para la historia como la “solución final”, que salió a la luz plenamente sólo en la primavera de 1942, en las semanas que siguieron a la conferencia de Wannsee. Rudolf Höss (el comandante de Auschwitz), es verdad, recordó después de la guerra haber recibido de Himmler la orden de exterminio en el verano de 1941. Pero el testimonio de Höss no es confiable, y en este caso todo apunta a la conclusión de que él había dado erróneamente fechas anticipadas en un año y en realidad se estaba refiriendo al verano de 1942.¹¹⁰ El testimonio de Eichmann en Israel en 1960 fue también en ocasiones equivocado. Aseguraba recordar con claridad que Heydrich le comunicó dos o tres meses después de la invasión a la Unión Soviética que “el Führer ha ordenado la eliminación física de los judíos”.¹¹¹ Pero su memoria era frecuentemente caprichosa cuando se trataba de fechas y momentos precisos. En este caso, también, lo mejor es no apoyarse demasiado en tan dudosas pruebas.¹¹²

Browning concluye de estas confusas pruebas que Hitler aprobó a fines de octubre o en noviembre “el plan de exterminio que había solicitado el verano anterior”.¹¹³ La interpretación de Burrin, a partir de las mismas pruebas, es que la orden del Führer de matar a los judíos de Europa fue impartida alrededor de septiembre de 1941, y fue probablemente simultánea a la orden de deportar a los judíos al Este.¹¹⁴ Gerlach provee buenas bases, sin embargo, para creer que estas fechas en cuanto a una orden por parte del Führer son prematuras.

Las inseguridades registradas durante el otoño por algunos líderes nazis en el Este —tales como el comisario del Reich para la Región Oriental (*Ostland*), Hinrich Lohse, en Riga y el comisario general para Bielorrusia (*Weissruthenien*), Wilhelm Kube, en Minsk— respecto de la eliminación en masa de los judíos que llegaban a sus áreas desde el Reich, y las inconsistencias en la barbarie nazi durante esas semanas, no sugieren que ya se hubiera tomado una decisión central, general, de exterminar a los judíos de Europa. Lohse y Kube no estaban de ninguna manera solos en la búsqueda de aclaraciones del ministerio para los Territorios Orien-

tales Ocupados del Reich (*Ostministerium*) y del Cuartel General de la Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*, RSHA) acerca de si los judíos deportados del Reich —Kube consideraba a los judíos de su propia “esfera cultural (*Kulturkreis*)” como diferentes de las “torpes hordas nativas (*bodenständigen vertierten Horten*)” de los territorios orientales ocupados— también debían ser eliminados,¹¹⁵ y, en ese caso, si había que hacer excepciones con los “*Mischlinge*” (parcialmente judíos), con los judíos con condecoraciones de guerra y con los judíos con socios “arios”. La intranquilidad con este tipo de temas, que provocó numerosas protestas que llegaron al Ministerio Oriental y al RSHA, hizo que Himmler, el 30 de noviembre de 1941, prohibiera la eliminación de una carga de 1 000 judíos de Berlín a Riga. La orden llegó demasiado tarde, pues los judíos habían sido fusilados al llegar, como también lo habían sido dos cargas de judíos de Alemania y Austria a Kovno, en Lituania, unos días antes.¹¹⁶ Al ver que las autoridades nazis no daban abasto con los problemas —que ellos mismos, por supuesto, se habían creado— de albergue y alimento de los judíos deportados, y con una política abiertamente genocida ya operando en las partes ocupadas de la Unión Soviética, matar a los judíos deportados a sus áreas era algo que los jefes de policía y líderes locales del partido consideraban que era la solución.

Algunos desarrollaron sus propios programas locales de exterminio: el comienzo de la construcción en noviembre del campo de exterminio en Belzec, en el distrito de Lublin, en el gobierno general (la provincia del jefe de la policía SS, Odilo Globocnik) comenzó como parte de una de esas iniciativas.¹¹⁷ Otra fue la muerte de judíos en las camionetas con gas a principios de diciembre en Chelmno, en el “*Warthegau*” —la gran franja de Polonia occidental anexada al Reich—, el dominio del *Gauleiter* Arthur Greiser y el jefe de policía Wilhelm Koppe.¹¹⁸ Estos genocidios locales, sin embargo, no formaban parte todavía de un programa general. Para principios de diciembre de 1941, la política antisemita nazi estaba todavía desarrollándose, en estado de transición. El paso hacia el genocidio directo había sido dado en algunas áreas, aunque todavía no hubiera un programa coordinado para unir las diferentes operaciones de matanza.

En términos generales, la posición era la siguiente: el objetivo general del RSHA parece todavía haber sido la deportación en masa de judíos “hacia el Este” (las inhóspitas regiones de los territorios que habían pertenecido a la Unión Soviética), donde aquellos que podían trabajar habrían muerto de agotamiento, frío, hambre y por las enfermedades, mientras que aquellos que no pudieran trabajar habrían sido eliminados de inmediato.¹¹⁹ Aquella “solución territorial” para la “cuestión judía” —en sí misma abiertamente genocida— había sido frustrada por la imposibilidad del ejército alemán de lograr una rápida victoria sobre la URSS. De todas maneras, los judíos del Reich seguían siendo deportados al Este, a pesar de la continuación de la guerra y la ausencia de algún territorio que pudiera servir como “reserva judía”. Mientras tanto, los *Einsatzgruppen* y sus subunidades habían estado matando judíos por decenas de miles durante meses en los antiguos territorios de la Unión Soviética, y los jefes nazis en algunas áreas del este recurrían cada vez más a la “autoayuda” y desarrollaban sus propios programas de matanzas. A pesar de la evidente escalada de las acciones genocidas, había todavía una falta de claridad acerca del tratamiento de los judíos del Reich deportados y una necesidad de definir posibles excepciones en el programa de deportación y en las operaciones de eliminación.

La necesidad de proporcionar coordinación y clarificación respecto del programa de deportación, particularmente en lo referido a los judíos del Reich, fue la base de la invitación de Reinhard Heydrich, enviada el 29 de noviembre de 1941, para una reunión de secretarios de estado de los distintos ministerios de gobierno, junto con representantes del RSHA y otras agencias directamente involucradas, a realizarse en Wannsee, en el oeste de Berlín, el 9 de diciembre. Luego la reunión fue pospuesta, casi seguramente debido tanto a las implicaciones del ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre como al comienzo de la mayor contraofensiva del Ejército Rojo dos días antes, con sus inevitables y drásticos efectos en los planes de deportación en gran escala de Heydrich.¹²⁰ Según la interpretación de Gerlach, para el momento en que la conferencia de Wannsee fue reorganizada, el 20 de enero de 1942, el paso crucial en la transición de un programa

general de genocidio ya había sido dado; para entonces, Hitler había tomado su “decisión básica” de matar a todos los judíos de Europa.

Con el ataque japonés a Pearl Harbor —que hizo que Hitler anunciara el 11 de diciembre en su discurso al Reichstag la declaración de guerra a los Estados Unidos—, la guerra se convertía efectivamente en una “guerra mundial”, expresión reservada en Alemania hasta ese momento a la guerra de 1914-18. Hitler, en el conocido discurso que dirigió al Reichstag el 30 de enero de 1939, “profetizó” que, en el caso de otra guerra mundial, los judíos de Europa serían aniquilados.¹²¹ El 12 de diciembre de 1941, al día siguiente del ataque, cuando, en su opinión, la guerra se había convertido verdaderamente en una “guerra mundial”, Hitler se dirigió a los líderes del partido (*Reichsleiter* y *Gauleiter*), un grupo de unas cincuenta personas, en sus habitaciones privadas en la cancillería del Reich. Entre otros temas, habló de los judíos. Según el resumen que de esta parte del discurso hizo Goebbels, Hitler se refirió a su “profecía” y a su opinión de que “la aniquilación de la judería” tenía que ser la “consecuencia necesaria” del hecho de que la “guerra mundial” había llegado. En el estremecedor relato de Goebbels, “los instigadores de este sangriento conflicto tendrán así que pagar por ello con sus vidas (*so werden die Urheber dieses blutigen Konflikts dafür mit ihrem Leben bezahlen müssen*)”.¹²² Esto equivalía, según Gerlach, al anuncio de Hitler de su decisión de exterminar a los judíos de Europa.¹²³

En los días siguientes, Hitler mantuvo reuniones privadas con varios líderes nazis que tenían un interés directo en la “cuestión judía”. No han sobrevivido registros de lo que les dijo, pero una críptica nota en el recientemente descubierto diario de escritorio de Heinrich Himmler indica que el tratamiento de los judíos fue discutido con Hitler en una reunión en su cuartel general la tarde del 18 de diciembre de 1941. “Exterminarlos como partisanos (*Als Partisanen auszurotten*)” fue todo lo que anotó junto a “cuestión judía”, como resultado de la reunión.¹²⁴ La interpretación obviamente no es clara. Gerlach no ve la anotación —como podría suponerse a primera vista— como referida a la Unión Soviética, donde el asesinato de judíos era ya para ese tiempo algo que ve-

nía ocurriendo ampliamente, sino a “imaginarios ‘partisanos’, la supuesta ‘amenaza judía’”. Si bien la anotación no es clara, ésta apunta, según Gerlach, “a un significado global de la declaración de Hitler, que en su forma verbal sólo puede ser entendida como una directiva”.¹²⁵

La “cuestión judía” también había aparecido en una conversación el 14 de diciembre, dos días después de su discurso a los *Gauleiter*, entre Hitler y su ministro de los Territorios Orientales, Alfred Rosenberg. Cuando Rosenberg le dio el manuscrito de un futuro discurso para que le echara una mirada —en sí mismo un hecho bastante inusual—, Hitler comentó que el discurso había sido redactado en las circunstancias previas al ingreso de Japón en la guerra. La anotación de Rosenberg acerca de esa reunión señalaba: “En cuanto a la cuestión judía, yo dije que los comentarios acerca de los judíos de Nueva York deberían ser de alguna manera alterados, después de la decisión. Mi posición no era hablar del exterminio (*Ausrottung*) de la judería. El Führer aprobó ese punto de vista y dijo que ellos nos habían cargado con el peso de la guerra y habían producido la destrucción, de modo que no debía sorprender que ellos fueran los primeros en sentir las consecuencias”.¹²⁶ Gerlach ve esto como otro elemento de prueba de la “decisión básica” de Hitler, anunciada dos días antes de su conversación con Rosenberg. Ciertamente se trata de una prueba adicional de que su “profecía” acerca de la destrucción de los judíos como consecuencia (según su punto de vista) de haber causado la guerra mundial estaba muy presente en la mente de Hitler por aquellos días.

Como una indicación más de que una importante decisión había sido tomada por Hitler alrededor del 12 de diciembre, o ese mismo día, Gerlach cita la respuesta dada por el doctor Otto Bräutigam, del Ministerio de Oriente, a un requerimiento de Hinrich Lohse, comisario del Reich para la *Ostland*, referida a si todos los judíos en el este, sin importar edad o sexo, ni los requerimientos económicos que ello demandaría, debían ser eliminados: “La cuestión judía, probablemente, ya ha sido aclarada por medio de discusiones verbales. Las consideraciones económicas no habrán de ser tenidas en cuenta para la solución de este problema”.¹²⁷

Gerlach encuentra un último grupo de pruebas, en apoyo de que una decisión básica fue tomada por Hitler en diciembre de 1941 para matar a toda la judería de Europa, en los comentarios de Hans Frank a las principales figuras de la administración del *General-gouvernement* el 16 de diciembre, cuatro días después del discurso de Hitler a los líderes de su partido. Frank aludió a la "profecía" de Hitler (que hacía una nueva aparición en esos días), usando la fraseología que, basada en los informes de Goebbels, había sido desplegada por Hitler en la reunión con los *Gauleiter*. Frank habló de la guerra como sólo un éxito parcial si los judíos de Europa sobrevivían a ella. Los judíos tenían que desaparecer, declaró. Había comenzado negociaciones para deportarlos "al este", y se refirió a la próxima conferencia de Wannsee para la discusión del tema. "Pero, ¿qué habrá de ocurrirles a los judíos?", preguntó. "¿Creen ustedes que serán alojados en villas de asentamiento en la *Ostland*? Nada podemos hacer con ellos en la *Ostland* ni en el comisariato del Reich [Ucrania]. ¡Liquídenlos ustedes mismos!" Frank alentó a su audiencia, tal como lo había hecho Hitler, a que dejara de lado toda compasión. "Debemos destruir (*vernichten*) a los judíos en cualquier lugar que los encontremos, y donde sea de alguna manera posible, para sostener la estructura general del Reich aquí", agregó.¹²⁸

Es innegable que Gerlach presenta una precisa visión a favor de una aguda intensificación entre las inmediatas consecuencias de la declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos y el impulso hacia una solución genocida radical y general. El hecho de que el mes de diciembre fuera una importante ocasión en la evolución de la política genocida es resaltado todavía más si se recuerda que la crisis desarrollada en el frente oriental al avanzar sobre Moscú se acercaba en ese mismo momento al punto crítico. En lo que Gerlach es menos persuasivo, sin embargo, es en su afirmación de que, en los días siguientes al ataque japonés a Pearl Harbor, Hitler llegó —y así lo anunció a la conducción de su partido en la reunión del 12 de diciembre— a una "decisión básica".

Ninguno de los presentes manifestó más tarde que la reunión de Hitler con sus *Gauleiter* tuviera un significado especial con respecto a una solución a la "cuestión judía", y muchos menos se con-

sideró que fuera en esa reunión que se tomó la decisión clave para la "solución final".¹²⁹ El pasaje en el diario de Goebbels —nueve líneas en un sumario que cubre casi siete páginas impresas¹³⁰— que describe los comentarios de Hitler sobre los judíos en su discurso del 12 de diciembre no fue destacado de ninguna manera por el ministro de Propaganda como algo de particular importancia. Lo cierto era que no había nada o muy poco en lo que dijo Hitler que Goebbels y los demás no hubieran escuchado muchas veces antes. Los comentarios sobre los judíos aparecían, según el resumen, una vez transcurridas alrededor de las tres cuartas partes del discurso de Hitler. No formaban más que una sección menor en un prolongado discurso dedicado a comentar la situación de la guerra, a señalar las razones para la declaración de guerra a los Estados Unidos y a levantar la moral de los lugartenientes de Hitler en el partido. Ésta última era la tarea más importantes en aquel tipo de reuniones, que fueron bastante frecuentes durante la guerra e invariablemente se realizaban después de acontecimientos importantes.¹³¹ Además, la poca probabilidad de que Hitler usara ese ámbito para anunciar una "decisión" para que todos los judíos de Europa fueran exterminados aumenta por el hecho de que la "solución final", más allá de las horribles pero difusas generalidades que pronunciaba con frecuencia acerca de la destrucción de los judíos, siguió siendo un tema tabú en su presencia, aun entre los de su círculo íntimo.

La nota de Rosenberg sobre su reunión con Hitler el 14 de diciembre es de dudoso valor como prueba de una decisión clave por parte de Hitler sobre la "solución final". Su referencia al cambio de circunstancias —"ahora, después de la decisión"— aparece en directa yuxtaposición con las opiniones que había expresado en su discurso sobre los judíos de Nueva York. Dado que el informe de Goebbels sobre el discurso de Hitler del 12 de diciembre no contiene referencia alguna a nada que se parezca a una "decisión", pero una "decisión" vital —a saber, declarar la guerra a los Estados Unidos— había sido efectivamente anunciada al Reichstag el 11 de diciembre, parece perverso suponer que esta última no era la "decisión" a la que Rosenberg se estaba refiriendo.¹³² Tampoco la respuesta de Bräutigam a Lohse constituye

prueba de una decisión básica acerca de la "solución final" tomada por Hitler a mediados de diciembre. Bräutigam no menciona a Hitler ni a ninguna otra persona individualmente, sino que se refiere sólo a la claridad obtenida "por medio de discusiones verbales", presumiblemente en el *Ostministerium* o el RSHA, y no necesariamente involucrando a Hitler en forma directa. Incluso la aclaración de Bräutigam a Lohse acerca de lineamientos básicos de política de nada sirvió para impedir la continuación de las deliberaciones entre los funcionarios de Lohse y los jefes militares acerca del manejo de los judíos, ni para la suspensión de las matanzas de judíos que se realizaron durante unos meses, a partir de mediados de diciembre en el comisariato *Ostland* del Reich.¹³³

Los comentarios de Hans Frank a sus subordinados en el *Generalgouvernement* están ciertamente de acuerdo con una ampliación y radicalización de las medidas genocidas en diciembre de 1941. Los drásticos comentarios de Hitler a los jefes de su partido, que Frank había escuchado, indiscutiblemente sirvieron una vez más como estímulo para operaciones abiertamente criminales. Su contenido era equivalente a una invitación por parte de la más alta autoridad del Reich para hacer que los judíos pagaran con sus vidas como venganza por la guerra. Escuchar la diatriba de Hitler en el explosivo clima que rodeaba al drama de la guerra contra los Estados Unidos y la crisis en el frente oriental era más que suficiente para que los líderes del partido se fueran sabiendo, al igual que en tantas otras ocasiones, cómo "trabajar por el Führer", sin necesidad de ninguna orden o directiva explícita. Pero no hay nada en lo que dijo Frank, por desmesuradamente brutales que resultaran sus palabras, que sugiera que él fuera testigo del momento clave en que la decisión de matar a los judíos hubiera sido anunciada.

Finalmente, la anotación en el diario de escritorio de Himmler es demasiado concisa como para permitir algo más que una interpretación especulativa. Sin duda, relaciona a Hitler de manera explícita con la política de exterminio, ya que claramente lo muestra aprobando la eliminación de los judíos. Pero no hay nada allí que ofrezca un obvio apoyo a la opinión de Gerlach en el sentido de que ello sea equivalente a una decisión concreta para la "solu-

ción final", a una decisión de extender el exterminio de la judería soviética a los judíos del resto de Europa bajo el rubro de "partisanos" combatientes. Por mucho temor que le tuviera a la amenaza de subversión interna, Hitler jamás, hasta donde se sabe, usó la palabra "partisano" en relación con los judíos en el Reich o en Europa oriental.¹³⁴ Por otra parte, tanto él como Himmler estaban comenzando a tomar clara conciencia, en el otoño de 1941, con respecto a la escala del "problema de los partisanos" en la Unión Soviética.¹³⁵ La estrecha identificación de los judíos con los partisanos, supuesta por muchas unidades de la *Wehrmacht* desde las primeras semanas de la Operación Barbarroja, había sido destacada en septiembre tanto en las pautas militares como en una exhortación de Arthur Nebe, jefe del *Einsatzgruppe B*, en una conferencia pronunciada ante oficiales del Centro del Grupo del Ejército.¹³⁶ Parece muy posible que la conversación sobre la "cuestión judía" el 18 de diciembre entre Hitler y Himmler se haya producido dentro de este contexto, y que estuviera dirigida a eliminar al resto de los judíos en los territorios soviéticos ocupados bajo el rubro de acción radical para combatir el problema de los "partisanos". Un informe presentado por Himmler a Hitler a fines de 1942 sobre las actividades de "bandidaje" de los "partisanos" en el sur de Rusia y en Ucrania, durante los tres meses que se extienden desde septiembre hasta noviembre de 1942, muestra lo que eso podía significar. Los "ejecutados" por su presunta conexión con ese tipo de actividades incluían 363 211 judíos. Otros "ejecutados" por la misma razón llegaron a la suma de 14 257.¹³⁷

Como revelan los fragmentos de pruebas documentales, más allá de sus ambigüedades, la intención abiertamente genocida desplegada por los nazis más importantes en diciembre de 1941 resulta inconfundible. Pero es también claro que no existía todavía una idea de cómo un inmenso programa de deportación y exterminio podría ser llevado a cabo, con qué métodos y en qué período de tiempo. Hans Frank admitió, al hablar a mediados de diciembre de 1941 de la necesidad de liquidar a los judíos del *Generalgouvernement*, que él no sabía cómo se podría concretar tal cosa: "No podemos fusilar a tres millones y medio de judíos", declaró, "no podemos envenenarlos, pero de alguna manera tendremos que tomar

medidas que lleven al éxito en la aniquilación (*Vernichtungserfolg*) en relación con las medidas en gran escala que se están discutiendo en el Reich".¹³⁸ El último comentario fue una referencia más a las deliberaciones de la próxima conferencia en Wannsee.

Gerlach sugiere que el propósito de esa conferencia cambió profundamente durante el período de su prolongada postergación desde el 9 de diciembre hasta el 20 de enero de 1942. Sugiere, en realidad, que la postergación misma —o por lo menos su inusual extensión— fue provocada por el cambio de situación después del discurso de Hitler el 12 de diciembre, y la nueva necesidad de preparar un muy amplio programa de exterminio, que no existía cuando las invitaciones iniciales a la conferencia fueron enviadas a finales de noviembre de 1941.¹³⁹ Pero podría dudarse de que los objetivos de la conferencia hayan sufrido cambios fundamentales. Más bien parece (para seguir la interpretación de Peter Longerich) que lo mejor es considerar que la conferencia de Wannsee se desarrolló en un momento de rápida transición y perspectivas cambiantes en la "solución a la cuestión judía", un período en que la intención de emprender un enorme programa de deportación que conduciría a la aniquilación total en campos de trabajo, en territorio soviético ocupado, después del fin de la guerra, se desvanecía rápidamente al resultar obvio que los judíos iban a tener que ser destruidos durante la guerra y en el territorio del Gobierno General.¹⁴⁰ Vista de esta manera, la Conferencia de Wannsee no fue la orquestación de un ya existente plan para la "solución final"; más bien fue el comienzo de la última etapa de la escalada de la política de exterminio, la incorporación de toda la Europa ocupada por los alemanes en un amplio programa de aniquilación sistemática de los judíos.¹⁴¹ La evolución de un programa semejante, una vez iniciado como una operación planificada, rápidamente aceleró el ritmo en la primavera. Alrededor de finales de abril y principios de mayo de 1942, comenzaron a tomarse las decisiones para extender la matanza de los distritos de Lublin y Galicia a toda Polonia, en lo que ya comenzaba a llamarse "*Aktion Reinhardt*" (que unía los tres campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka), y para eliminar prácticamente a todos los judíos deportados del Reich y otras partes de Europa cen-

tral. A principios de junio, ya se había diseñado un programa para la deportación de judíos de Europa occidental, que debía comenzar en julio.¹⁴² La mayoría fueron transportados a los más grandes campos de exterminio entonces en operaciones, Auschwitz-Birkenau. Para el verano de 1942, entonces, la "solución final", como la conoce la historia, estaba ya en plena vigencia. Para fines de 1942, una alta proporción de las víctimas del Holocausto —según los propios cálculos de la SS, cerca de cuatro millones— ya había sido asesinada.¹⁴³

La opinión de Gerlach es que "la suposición de que nunca hubo una decisión central de Hitler para el asesinato de los judíos europeos" no es "sostenible".¹⁴⁴ Los argumentos que él mismo propone indicando que esa decisión fue tomada en diciembre de 1941, sin embargo, no son fuertes. Más bien, el discurso de Hitler a los líderes del partido del 12 de diciembre (y sus conversaciones privadas de esa época con Himmler y otras figuras clave) probablemente sea mejor interpretado —con su diatriba de odio genocida en un momento de fundamental significado para el Reich y en un contexto que él mismo hacía tiempo había profetizado conduciría a la destrucción de los judíos— como la aprobación fundamental desde la más alta autoridad a las políticas asesinas deseadas o efectivamente ya puestas en práctica por los gobernantes nazis locales en los territorios orientales. Al mismo tiempo, el renovado ataque de Hitler a los judíos le dio nuevos ímpetus al esfuerzo de los jefes del RSHA por proporcionar la necesaria coordinación para lo que Heydrich todavía llamaba, justificadamente, en la Conferencia de Wannsee, "la próxima solución final de la cuestión judía (*die kommende Endlösung der Judenfrage*)."¹⁴⁵

Aparte de la insistencia de Gerlach acerca de una "decisión básica" por parte de Hitler en diciembre de 1941, su interpretación general se ajusta al consenso en la investigación reciente acerca de la génesis de la "solución final" que parece estar emergiendo de manera un tanto tentativa y todavía con numerosos puntos de poca claridad o de disputa, lo cual no sorprende debido a la complejidad de las pruebas. Este consenso equivale a una creciente disposición entre los estudiosos que trabajan en estos temas a aceptar que no hubo una sola decisión acerca de la "solución fi-

nal”, sino que se trató de un largo proceso de radicalización en la búsqueda de “una solución para la cuestión judía” entre la primavera de 1941 y el verano de 1942 —como parte de un inmenso programa general de reasentamiento y de “limpieza étnica” para Europa central y oriental, frustrado por la imposibilidad de derrotar a la Unión Soviética en 1941—, marcado por diversas fases de aguda escalada. La expresa aprobación y sanción de Hitler de cada etapa en esa escalada de matanza de judíos no es puesta en cuestión en ninguna parte. Las etapas más importantes en este proceso fueron la primavera de 1941 (en el planeamiento de Barbarroja), el verano de 1941 (el paso dado hacia el genocidio completo en la Unión Soviética), el otoño de 1941 (las consecuencias de la decisión de Hitler de deportar a los judíos del Reich y a los de Bohemia y Moravia hacia el este), diciembre de 1941 (las consecuencias de la declaración de guerra a los Estados Unidos) y primavera de 1942 (la aparición del programa coordinado de exterminio).¹⁴⁶ Aunque Gerlach rechaza los argumentos que sugieren que la última decisión clave sólo se produjo en la primavera de 1942,¹⁴⁷ el gradual desarrollo de la “solución final” —algo intuitivamente sugerido por Martin Broszat ya en 1977¹⁴⁸— parece ser la conclusión más significativa que surge de un conjunto de importantes estudios regionales recientes de la política genocida (incluyendo el no menor trabajo de Gerlach).¹⁴⁹ El preciso papel de Hitler en estas fases clave sigue estando en su mayor parte en las sombras.¹⁵⁰ Pero eso no significa que no fuera importante. Por el contrario, el ímpetu que Hitler dio al encuadre de los bárbaros planes para la invasión a la Unión Soviética, su aprobación de la ampliación de los genocidas envíos de Himmler a la Unión Soviética en el verano, su eventual acuerdo en septiembre para que los judíos alemanes fueran deportados al este, así como su abierto apoyo a las operaciones de exterminio en diciembre fueron todas líneas de autorización para la emergente “solución final”. La autorización del Führer para los pasos fundamentales hacia el genocidio era indispensable. El hecho de que existiera o no una única y amplia “decisión del Führer” parece muy dudoso, y en todo caso se trata de un asunto secundario.¹⁵¹

Si uno relaciona esta discusión sobre la génesis de la “solución final” con las polarizadas interpretaciones “hitlerista” y “es-

tructuralista” —una destaca una orden de Hitler como la culminación de un planificado programa a largo plazo orientado hacia el exterminio, mientras que la otra pone el acento en un proceso de permanente improvisación como una salida para dificultades administrativas autoimpuestas—, uno tendría que concluir que ninguno de los dos modelos ofrece una explicación totalmente satisfactoria.

Por bárbaro que haya sido su lenguaje, las acciones directas de Hitler son difíciles de ubicar. Aunque su odio por los judíos era indudablemente una constante, la relación de su odio con la política real fue cambiando considerablemente a lo largo del tiempo, a medida que las opciones políticas mismas se reducían. Hitler mismo apenas si participó en la expresa formulación de esa política, tanto durante la década de 1930 como incluso en la génesis de la “solución final” misma. Su papel principal consistió en dejar asentado el tono de maldad dentro del cual la persecución ocurrió, y en proveer la sanción y legitimación de iniciativas que provenían principalmente de otros. Más, por lo general, no se necesitaba. Las formas caprichosas de la política antisemita tanto antes de la guerra como en el período 1939-41, de las que evolucionó la “solución final”, desmiente toda idea de un “plan” o “programa”. La radicalización pudo ocurrir sin necesidad de ningún golpe de timón por parte de Hitler. Su influencia, sin embargo, lo cubría todo, y su intervención directa en la política antisemita era crucial en ocasiones. Sobre todo, su dogmática e inalterable afirmación del imperativo ideológico —“deshacerse de los judíos” de Alemania, y luego encontrar una “solución final a la cuestión judía”—, que debía ser traducido en acción burocrática y ejecutiva, fue el prerrequisito indispensable para la creciente barbaridad y la gradual transición hacia el genocidio en escala total.

Sin la fanática voluntad de Hitler para destruir la judería, que cristalizó sólo en 1941 con un objetivo realizable de exterminar físicamente a los judíos de Europa, el Holocausto casi seguramente no se habría producido. Pero tampoco se habría convertido en realidad, como lo ha hecho notar Streit,¹⁵² sin la activa colaboración de la *Wehrmacht* —la única fuerza todavía capaz de frenar al régimen nazi—, y tampoco sin el consentimiento que llegaba has-

ta la activa complicidad de la burocracia de la administración pública, que se esforzó por cumplir con los requerimientos de la creciente discriminación, o de los líderes de las industrias de Alemania, que fabricaron los equipos de la muerte e instalaron fábricas en los campos de concentración.¹⁵³ Y dentro del bloque SS-SD-Gestapo, no fueron tanto los fanáticos raciales, sino más bien los organizadores y competentes administradores, como Eichmann, y verdugos fríos como el hielo, como Höss, quienes cristalizaron este infierno en la tierra.¹⁵⁴

El lento pero gradual proceso de despersonalización y deshumanización de los judíos, junto con el caos organizativo en los territorios orientales debido a la falta de una clara dirección central y de una clara idea, la acumulación de las más inhumanas circunstancias de crecientes masas de “no personas”, proveyeron el contexto en el que las matanzas masivas, una vez que habían sido instigadas en la campaña de Rusia, fueron aplicadas *ad hoc* y ampliadas hasta que se convirtieron en aniquilación en gran escala. Al mismo tiempo, la “solución final” no apareció simplemente de una multitud de “iniciativas locales”: por vacilantes que hayan sido al principio, los pasos decisivos fueron dados en el centro para coordinar medidas de exterminio total. Esa dirección central parece en su mayor parte haber provenido de la Oficina Central de Seguridad del Reich, aunque indudablemente los pasos más importantes tuvieron la aprobación y la sanción de Hitler.

La “intención” de Hitler fue ciertamente un factor fundamental en el proceso de radicalización de las políticas antisemitas que culminaron en el exterminio. Pero aún más importante para una explicación del Holocausto es la naturaleza “carismática” del gobierno del Tercer Reich¹⁵⁵ y el modo en que funcionaba manteniendo el impulso de creciente radicalización en torno a objetivos “heroicos”, quiméricos, que iban corroyendo y fragmentando la estructura de gobierno. Éste fue el marco de referencia esencial dentro del que la locura racista de Hitler pudo convertirse en una política concreta.

Este análisis del complejo desarrollo de la política racial, que estaba en el corazón mismo de la *Weltanschauung* de Hitler, ha demostrado que, a la vez que carecería de sentido hablar de él como

“un dictador débil”, es también engañoso considerar al Tercer Reich como una dictadura con una estructura de comando coherente, unitaria, lista para la ejecución regulada, centralmente dirigida y coherente con la voluntad de Hitler. Nos queda ahora dirigir nuestra atención al área en la que la mano directora de Hitler parece haber sido más evidente: la política exterior.

